

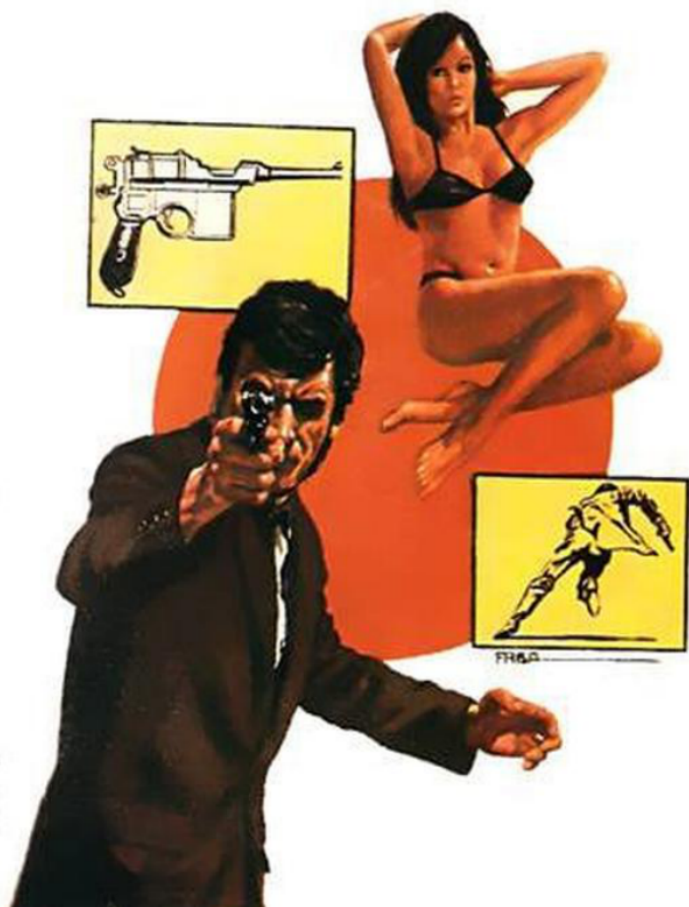
COLLECCIÓN: BRUGUERA

PUNTO

ROJO

LA ESCULTORA Y EL EX PRESIDIARIO

Joseph Berna



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.388 - El pintor, la rubia y el osito.

En Colección **KANSAS:**

843 - La elección de miss Oklahoma.

En Colección **COLORADO:**

841 - Un osado californiano.

En Colección **BISONTE SERIE AZUL:**

164 - La heredera del Cinco Estrellas.

En Colección **BÚFALO SERIE AZUL:**

273 - La bella y el cazador.

En Colección **PUNTO ROJO:**

788 - Un pedrusco de 500.000 dólares.

JOSEPH BERNA

LA ESCULTORA Y EL EXPRESIDIARIO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 796
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 20.569 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: julio, 1977

© Joseph Berna - 1977

texto

© Salvador Fabá - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

Dave

O'Mara

empujó la puerta de la sala de billares Jerry Tres Bandas y entró en el local.

Era amplio.

Las doce mesas se alineaban de cuatro en cuatro.

Había escaso público.

Lógico, eran apenas las once de la mañana.

De ahí que sólo se jugase en cuatro de las mesas.

Por la tarde, y más concretamente después de las ocho, era difícilísimo entrar en el local y encontrar una mesa libre.

Las doce solían estar ocupadas.

Mejor dicho, las trece.

Sí, porque había una decimotercera mesa.

Aunque no estaba a la vista.

Se hallaba en una pequeña sala, a la que se llegaba cruzando todo el local.

Allí, al fondo del mismo, había una puerta, que siempre permanecía cerrada.

Jerry Tres Bandas sólo entregaba la llave de aquella pequeña sala a los clientes distinguidos, los que, además de abonar religiosamente la suma correspondiente al tiempo que habían estado utilizando la mesa de billar, le soltaban una generosa propina.

Dave

O'Mara

lo sabía.

Conocía bien aquella sala de billares.

Mejor que ninguna otra de Nueva York.

También conocía a su propietario.

Por eso, cuando entró en el local, fue directamente hacia la barra del bar, tras la cual se hallaba Jerry Tres Bandas.

Dave

O'Mara

era un tipo bastante alto, moreno, de cuerpo de atleta y rostro viril. Tenía veintiocho años de edad, y vestía pantalones tejanos azules, muy ajustados, botas marrones, de media caña, camisa grana, de botones metálicos, plateados, y una cazadora negra, de piel, cuya cremallera llevaba abierta.

El propietario de la sala de billares no le vio llegar, pues en aquellos momentos sólo tenía ojos para contemplar la página central de Sex Bizarre, una revista danesa que apenas unos minutos antes le había prestado uno de los tipos que se hallaban jugando al billar.

No había ningún cliente sentado a la barra, por lo que Jerry podía dedicarle toda su atención a la revista pornográfica.

Dave

O'Mara

llegó junto a la barra y tomó asiento en uno de los taburetes giratorios, justo el que se hallaba delante de Jerry Tres Bandas.

Tan enfrascado estaba el propietario del local en la visión que ofrecía la página central de la revista, que ni siquiera entonces se percató de la presencia de un cliente.

Dave

O'Mara

apoyó los antebrazos en la barra, echando el cuerpo hacia adelante ligeramente, y también él contempló el atrevidísimo numerito que estaban realizando las dos parejitas protagonistas de la revista.

—No está mal, ¿eh, Jerry? —decía segundos después.

Jerry Tres Bandas, un tiarrón de casi dos metros de estatura y no menos de ciento diez kilos de peso, con cara de boxeador retirado, respingó, levantando rápidamente la mirada.

Agrandó los ojos al descubrir a Dave.

—¡Dave

O'Mara...!

—exclamó, como si no creyera lo que estaba viendo.

Dave sonrió, mostrando unos dientes sanos y cuidados.

—¿Cómo estás, Jerry? —preguntó, ofreciendo su diestra al

propietario del local, aun sabiendo que corría el riesgo de que se la triturase, porque Jerry Tres Bandas tenía una fuerza bárbara.

Jerry se apresuró a estrechársela.

—¡Qué sorpresa, Dave!

—Cuidado con mi mano, Jerry.

—Pero ¿tú no estabas en la cárcel...?

—Estaba. Pero ya no estoy.

—¿Cuándo te han soltado?

—Esta misma mañana.

—¿Te rebajaron la pena?

—Sí, tres meses. Por buen comportamiento.

—¡No sabes cuánto me alegro, Dave!

—Gracias, Jerry. Sé que tú me aprecias.

—¡Y muy sinceramente, además!

—¿Me pones una cerveza, Jerry? —pidió Dave, más que nada por librarse de la manaza de hierro del dueño de los billares, que seguía presionando sobre la suya.

—¡Enseguida, Dave!

Mientras Jerry Tres Bandas le servía la cerveza, Dave

O'Mara

hizo girar la revista, para observar mejor a las dos parejitas del numerito.

—Hay que ser contorsionista para lograr esto, ¿no crees, Jerry?

Jerry rió con fuerza, como siempre.

Tenía una risa sonora.

Bronca.

De tractor en marcha.

—¡Eso mismo me estaba diciendo yo cuando tú llegaste, Dave!

—respondió el grandullón.

Dave ojeó las otras páginas de la revista.

Una revista de muchas calorías, sin lugar a dudas.

Jerry dejó sobre la barra el vaso de cerveza.

—¿Con cuál lo pasarías tú mejor, con la rubia o con la morena?

—preguntó.

Dave suspiro.

—Con cualquiera de las dos, Jerry. Después de haber pasado quince meses encerrado entre rejas, sin oler una mujer ni de lejos...

Jerry ensombreció el semblante.

—Ha debido ser muy duro, ¿eh, Dave?

—Sí, muy duro —asintió

O'Mara,

gravemente—. Más que nada, porque he pagado por un delito que no cometí.

Jerry se quedó con la boca abierta.

—¿Es verdad eso, Dave...?

O'Mara tomó el vaso, ingirió un trago de cerveza, y miró a Jerry Tres Bandas.

—Sí, Jerry, es verdad. La policía encontró un par de docenas de sobrecitos de heroína en mi habitación, ocultos en el último cajón de la cómoda, pero no fui yo quien los puso allí. Yo jamás he traficado con drogas.

El dueño de la sala de billares pestañeó.

—¿Quieres decir que te tendieron una trampa...?

Dave cabeceó en sentido afirmativo.

—Sí, Jerry, me tendieron una trampa. Alguien deseaba que me metieran en la cárcel, y lo consiguió.

—¿Tienes idea de quién...?

—Sí, creo que sé quién fue.

—Imagino que estarás deseando ajustarle las cuentas al tipo...

—Imaginas bien, Jerry —asintió Dave—. Me ha robado quince meses de mi vida, ha manchado mi nombre, me ha dejado marcado para siempre... Ese hijo de perra, va a pagar por todo eso. Y va a pagarlo muy caro. Le voy a dar tal paliza, que no lo reconocería ni su madre. Tendrá que hacerse la cirugía estética, si quiere parecerse al que era antes... Y lo mismo digo de los dos bastardos que pusieron los sobres de heroína en el cajón de mi cómoda. Sé que ellos no hicieron más que cumplir las órdenes del hombre para el cual trabajan, pero no por eso voy a ser menos duro con ese par de ratas de cloaca. También ellos van a tener que hacerse la cirugía estética...

—¡Cuenta conmigo para machacarles las caras a esos fulanos, Dave! —se ofreció Jerry, con las mandíbulas apretadas.

Dave sonrió.

—Te lo agradezco, Jerry, pero quiero, ser yo quien de su merecido a esa gentuza.

—Me gustaría ayudarte, de veras —insistió el gigantón.

—Lo sé. Pero ya te he dicho que quiero hacerlo yo.

—Está bien —rezongó Jerry—. Pero, si se te complicasen las cosas y necesitasen que alguien te echase una mano, no dudes en decírmelo. Cierro el local inmediatamente y me voy contigo a romper caras por ahí.

—Gracias, Jerry.

—¿Te sirvo otra cerveza, Dave?

—No, con esta tengo suficiente —respondió

O'Mara,

apurando la cerveza—. ¿Qué te debo, Jerry? —preguntó a continuación, llevándose la mano diestra al bolsillo de la cazadora.

—No me ofendas, Dave —gruñó el propietario de los billares.

—¿Quieres decir que me invitas?

—¡Pues claro!

—Oh, muchas gracias, Jerry.

—No hay de qué, hombre.

Dave descendió del taburete.

—Me voy, Jerry.

—¿Cuándo volverás por aquí, Dave?

—Muy pronto, no te preocupes.

—Tengo ganas de desafiarte con el taco, ¿sabes?

—Me ganarás, seguro. Debo estar muy bajo de forma, con tanto tiempo como llevo sin jugar.

Jerry rió.

—¡Donde hubo siempre queda, Dave! Tú eras un magnífico jugador de billar, y estoy seguro de que lo sigues siendo. En cuanto hagas un par de partidas, volverás a ser temible.

—Tú sí que eres temible, Jerry. Por algo te llaman Jerry Tres Bandas.

—Nadie puede presumir de haberme ganado más partidas que tú.

—Eso es verdad —rió también

O'Mara.

—Hasta pronto, Dave.

—Adiós, Jerry.

Después de estrecharse de nuevo la mano, Dave dijo:

—Oh, se me olvidaba, Jerry... ¿Continúan viniendo por aquí Jacky Fulton y Oscar McRae?

—¡Sí, bastante a menudo! Precisamente en este momento se encuentran aquí. Están en la sala pequeña, como de costumbre.

Los ojos de Dave

O'Mara

brillaron extrañamente.

—Conque están aquí, ¿eh?

—Sí... ¿Ocurre algo, Dave?

—No. Pero va a ocurrir muy pronto.

—¿Eh?

—Oscar y Jacky pusieron los sobres de heroína en el cajón de mi cómoda, Jerry.

CAPÍTULO II

Oscar McRae atrapó la tiza, untó la suela del taco y luego se inclinó sobre la mesa de billar.

Golpeó la bola blanca, con fuerza y precisión.

La jugada le salió redonda, pues la bola número nueve desapareció por la tronera del rincón y la número once fue engullida por una de las troneras laterales.

Jacky Fulton maldijo entre dientes al ver el resultado de la jugada de su compañero.

McRae se irguió y se volvió hacia Fulton.

—¿Qué te ha parecido esto, Jacky...? —preguntó, con evidente ironía.

—Tienes más lana que una fábrica de bufandas. Oscar —rezongó Fulton, con el ceño fruncido.

McRae rió con ganas.

Era un tipo alto, delgado, pero fuerte, de ojos pequeños y nariz aguilena.

—No ha sido cosa de suerte, Jacky. Que soy un gran jugador, nada más.

—Yo soy tan buen jugador como tú y nunca consigo jugadas tan difíciles —gruñó Fulton.

Era de complexión totalmente distinta a la de su compañero.

Más bien bajo que alto, muy ancho de hombros, cabeza redonda, muy desarrollada, cuello grueso y corto, enorme caja torácica. Tenía las bolas de los ojos excesivamente salidas, la nariz chata, y la raja bucal ligeramente torcida, debido a que años atrás le fracturaron la mandíbula de un feroz golpe propinado con una pata de silla, y le quedó ese defecto.

Fulton y McRae estaban en mangas de camisa, los puños doblados, el nudo de la corbata aflojado.

Sus chaquetas colgaban del perchero.

También sus pistoleras.

En ambas descansaba el mismo tipo de arma: una «Luger» de mucho respeto.

—Eso de que eres tan buen jugador, como yo, lo dices tú, pero no es verdad.

—¿Ah, no? —masculló Fulton, apretando los maxilares.

—Claro que no. Si lo fueras, lograrías jugadas difíciles, como yo. Y me ganarías alguna vez.

—¡Te he ganado muchas veces, Oscar!

—En las dos últimas semanas, ninguna —recordó McRae, con una burlona sonrisa en los labios.

—¡Porque en estas dos últimas semanas has tenido una potra de campeonato!

—Nada de potra, compañero. Lo que pasa es que he mejorado, he perfeccionado mi juego... Tú, en cambio, no has evolucionado en absoluto. Y si has evolucionado ha sido negativamente. Vamos, que has ido para atrás, como los cangrejos.

—¡El cangrejo será tu padre! —estalló Fulton.

McRae se puso serio.

—¿Quieres ver cómo te rompo el taco en esa cabeza de sandía que tienes, Jacky? —amenazó, levantando ligeramente el taco.

Fulton se colocó el suyo a modo de fusil provisto de bayoneta y replicó:

—Inténtalo y te saco el taco por la espalda.

Las pupilas de Oscar McRae destellaron.

También las de Jacky Fulton emitían chispeos.

Ambos se miraban con odio.

Probablemente la cosa hubiese terminado mal para alguno de los dos, pero eso es algo que nunca se sabrá, porque la puerta de la pequeña sala se abrió en aquel preciso instante y Dave O'Mara

entró en ella, cerrando a continuación.

Y no precisamente para que no entrasen moscas.

McRae y Fulton se volvieron hacia la puerta.

Ambos se quedaron de muestra al ver a Dave.

Tan sorprendidos estaban, que ninguno de los dos consiguió hablar.

Dave

O'Mara,
con una fría sonrisa en los labios, se acercó a ellos.

Aunque no demasiado.

Lo justo para quedar entre los tipos y el perchero.

Dave había descubierto, apenas entrar en la sala, las armas de McRae y Fulton, y quería evitar que éstos pudiesen recurrir a ellas.

—¿Os sorprende verme, muchachos? —preguntó, apoyando los pulgares en la gruesa hebilla de su cinturón.

McRae fue el primero en reaccionar.

—¿Tú no estabas en la cárcel, Dave...?

—Acabo de salir —explicó

O'Mara,
columpiándose sobre las puntas de los pies.

—¿Cómo es eso? —inquirió Fulton—. Si no recuerdo mal, te echaron año y medio...

—Recuerdas bien, Jacky. Pero, como he sido un chico bueno me rebajaron tres meses.

—Qué suerte, muchacho —dijo McRae, forzando una sonrisa.

Dave lo taladro con la mirada.

—¿De veras te parece que he tenido suerte Oscar?

—Oh, sí, mucha. ¿No opinas tú igual, Jacky?

—Desde luego —asintió Fulton, sonriendo nerviosamente.

Dave

O'Mara
endureció los músculos faciales.

—¿Es una suerte pasarse quince meses en la cárcel, purgando por un delito no cometido?

Fulton y McRae se miraron, como si no entendieran lo que decía O'Mara.

—¿De qué estás hablando, Dave...? —preguntó McRae.

—Tú sabes bien de qué estoy hablando, Oscar, Y Jacky también lo sabe.

—No, yo no sé nada —se apresuró a negar Fulton, sacudiendo el cabezón.

—Ni yo tampoco, Dave, de veras —dijo McRae.

—Muy bien, os refrescaré la memoria. Michael Brogan, vuestro jefe, me propuso en cierta ocasión que trabajase para él. Un trabajo que requería poco esfuerzo, pero que estaba muy bien remunerado,

según dijo. Y seguro, muy seguro. No llegó a decirme de qué se trataba, pero tampoco hizo falta, porque yo lo sospechaba desde hacía algún tiempo: tráfico de drogas.

McRae y Fulton no despegaron los labios.

Dave continuó:

—Yo me negué a trabajar para él, naturalmente, porque no soy tan cerdo como vosotros. A Brogan le sentó muy mal mi negativa, y quiso demostrarme que cuando él hace una proposición a alguien, no debe ser rechazada. Os ordenó a vosotros que ocultaseis un par de docenas de sobres de heroína en mi habitación, y vosotros obedecisteis. Luego, el hijo de perra de Brogan hizo una llamada anónima a la policía, concretamente a la Brigada de Estupefacientes. Poco después, yo era detenido. Y, más tarde, juzgado y condenado a dieciocho meses de cárcel. De nada sirvió que yo jurara una y otra vez que era inocente, que no sabía nada de aquellos malditos sobres de heroína...

Oscar McRae se mojó los labios con la lengua.

—Estás equivocado, Dave.

—Sí, ¿verdad? —repuso

O'Mara,
irónico.

—Totalmente. Brogan no nos ordenó que ocultásemos esos sobres de heroína en tu habitación.

—¿Seguro que no?

—Te lo juro.

—Además —intervino Jacky Fulton—, no es cierto que Michael Brogan se dedique al tráfico de drogas. Eso son imaginaciones tuyas.

—Imaginaciones, ¿eh?

—Sí, Dave —dijo McRae.

—¿A qué se dedica Brogan, entonces?

McRae y Fulton volvieron a mirarse.

El primero, tras un ligero carraspeo, respondió:

—Tiene varios negocios, Dave.

—¿Como por ejemplo...?

McRae titubeó.

Fulton dijo:

—Si quieres saberlo, pregúntaselo a él.

—Eso, habla con Brogan... —aconsejó McRae—. Seguro que él se alegrara de verte, Dave.

—¿Tanto como vosotros...?

—Puede que más —sonrió McRae—. ¿Verdad que sí, Jacky?

—Seguro —dijo Fulton, sonriendo también.

Dave dio una cabezada.

—Sí, iré a ver a vuestro jefe. Y le romperé la cara. Pero eso será después de que os la haya roto a vosotros, pareja de bastardos.

McRae y Fulton atirantaron el rostro a la vez.

—Será mejor que te largues ahora mismo, Dave —masculló el primero, apretando los puños.

—Si no lo haces, te pesará —añadió Fulton, con gesto amenazante también.

—Os va a pesar más a vosotros, ratas malolientes.

—¡Se acabó mi paciencia, Dave! —rugió McRae, lanzándose sobre él, con el taco en alto, empuñándolo por el extremo delgado.

Antes de que Oscar McRae le descargase el taco en la cabeza, Dave

O'Mara

levantó velozmente la pierna derecha y golpeó, con la punta de la bota, entre los muslos del tipo.

McRae chilló como una rata de laboratorio sometida a vivisección, soltó el taco y cayó hecho una bola, con la cara verdosa y despidiendo espuma por la boca.

Dave miró a Jacky Fulton.

—¿También se acabó la tuya, cara de balón?

Fulton escupió una dura blasfemia y cargó contra Dave, llevando el taco por delante.

Dispuesto a ensartarlo, sin duda.

Dave burló hábilmente la embestida de Fulton, saltando de lado en el instante justo.

Jacky Fulton no pudo frenar su impulso y se estrelló contra la pared, partiendo el taco en dos.

Lanzó un bramido de dolor, porque también se había partido una ceja, la derecha; y cayó al suelo, sangrando aparatosamente.

Dave se apresuró a recoger la mitad gruesa del taco y con ella le soltó un cachiporrazo a Fulton, dejándolo momentáneamente aturdido.

Se volvió hacia McRae.

Al ver que éste continuaba en el suelo, retorciéndose como una lagartija a la que acabasen de dejar sin rabo de una certera pedrada, Dave se acercó al perchero, extrajo la «Luger» de Fulton de la funda y le quitó el cargador.

Luego hizo lo propio con el arma de McRae.

Se guardó ambos cargadores en los bolsillos de la cazadora.

Dave miró de nuevo a Oscar McRae.

Éste, con los ojos inyectados de sangre, se estaba incorporando, aunque con evidente dificultad.

Encogido, porque el dolor que sentía en los órganos genitales no le dejaba ponerse recto, avanzó hacia Dave, lentamente.

—Te voy a hacer trizas, Dave

O'Mara...

—barbotó, babeante todavía.

Dave no le esperó, fue hacia él.

McRae le soltó el puño derecho, a la cara.

Pero no encontró ninguna cara.

Sólo el vacío.

Dave había sabido esquivar el golpe.

McRae, en cambio, no supo esquivar el puño diestro de

O'Mara.

Los nudillos de Dave se incrustaron en el pómulos de McRae, produciendo un seco chasquido.

Oscar McRae trastabilló, pero no llegó a caer.

Peor para él.

Sí, porque el puño de Dave se hundió en su estómago, con tanta potencia, que le dejó sin respiración.

McRae empezó a boquear exageradamente, porque se ahogaba.

Dave le echó un salvavidas.

Hablando en sentido metafórico, claro.

Lo que en realidad le echó fue el puño izquierdo a la mandíbula, en formidable gancho.

McRae se puso recto como un poste pese al dolor que seguía sintiendo en el lastimado bajo vientre y en las machacadas tripas.

Sin embargo, en aquella posición, el aire volvió a llegar a sus pulmones.

No hay mal que por bien no venga.

Y hablando de venir...

Sí, McRae vio venir el puño derecho de Dave

O'Mara.

Se le antojó un cohete.

Un misil atómico.

Un torpedo.

Quiso apartar la cabeza, pero no le dio tiempo.

El puño de Dave hizo explosión en el centro de su cara y se la puso perdida.

Pero Oscar McRae no se enteró, porque perdió el sentido en el acto.

Y un par de dientes, además.

Se desplomó como un saco de patatas.

Así es la vida, unos pierden el sentido y otros lo recuperan.

Éste fue el caso de Jacky Fulton.

Pobre Fulton...

Más le hubiese valido seguir inconsciente unos minutos más.

Sí, porque Dave

O'Mara,

al ver que se incorporaba, fue hacia él.

Y no precisamente para estrecharle la mano.

Ni para interesarse por el estado de su ceja derecha.

Más bien para partirle la izquierda.

Y no fue lo único que le partió.

También le partió la nariz.

Y el labio inferior.

Y le puso un pómulo perdido.

Y el otro más perdido todavía.

Y le obligo a escupir tres dientes.

Y le dejó el hígado hecho *foie-gras*.

Y las tripas hechas una pasta.

La culpa de tanto golpe la tuvo Fulton, por ser un tipo tan resistente.

Si hubiese perdido el sentido antes...

Concluido el palizón, Dave

O'Mara

abandonó la pequeña sala.

Muy tranquilo.

Como si allí dentro no hubiese pasado nada.
¡Y vaya si había pasado...!

CAPÍTULO III

Al salir de la pequeña sala, Dave
O'Mara

se encontró con Jerry Tres Bandas.

—¿Cómo ha ido todo, Dave? —preguntó, con viva ansiedad, el corpulento propietario de los billares.

—Estupendamente, Jerry —respondió
O'Mara,
chupándose los despellejados nudillos.

—¿Has podido con los dos?

—¡Claro!

Jerry le palmeó los hombros.

—¡Eres fenómeno, chico!

—Encontrarás un taco roto —advirtió Dave—. Se lo cargó Jacky.

—Haré que me lo pague, no te preocupes.

—Sí, que te lo pague.

—¿Por qué chillaba Oscar como si lo estuviesen asando vivo?

—Le di un punterazo donde más duele.

—Ya.

—Te dejo, Jerry.

—¿No quieres tomarte un trago de *whisky* antes de irte, Dave?

—No, gracias. Ya lo tomaré cuando haya concluido el trabajo.

Jerry Tres Bandas ensombreció el rostro.

—¿Te refieres a Michael Brogan?

—Sí, al malnacido de Michael Brogan.

—Lleva cuidado, Dave. Brogan es un tipo muy peligroso.

—Lo sé.

—Suerte, muchacho.

—Gracias, Jerry —sonrió Dave.

Estrechó la enorme mano del dueño de los billares y echó a andar hacia la puerta del local.

Mientras caminaba por la acera, volvió a pasarse la lengua por los deteriorados nudillos, porque le escocían.

Dave miró hacia arriba.

El cielo estaba muy azul, sin una sola nube y lucía un sol espléndido.

Bajó la mirada.

Lo hizo muy a tiempo para poder admirar las increíbles curvas de una rubia que en aquel momento se disponía a cruzar la calzada.

Por un instante, Dave creyó estar viendo a Marilyn Monroe.

Aquello no era posible, claro.

La pobre Marilyn yacía en su tumba.

Bueno, lo que quedase de ella.

Que no sería mucho, dado los años que habían transcurrido desde que ella misma decidiera quitarse la vida.

La explosiva rubia en cuyas formas había clavado los ojos Dave, como si fueran dardos, ya estaba cruzando la calzada, con paso vivo.

El balanceo de sus formidables caderas era todo un espectáculo.

Dave, sin apenas darse cuenta, se encontró cruzando también la calzada.

Lo hizo como un autómatas, sin apartar ni un segundo los ojos del portentoso «fuselaje» de la rubia.

No debió cruzar la calzada.

Al menos, no sin antes mirar hacia ambos lados de la calle, por si venía algún coche.

Y venía.

Vaya si venía.

Se trataba de un «Ford-Mustang» blanco.

Sí, blanco.

Como las ambulancias.

Como las batas de médico.

Como los quirófanos.

Como las escayolas.

¿Sería una fatal coincidencia?

No tardaría mucho en saberse, porque el «Ford Mustang» circulaba a buena velocidad.

Y Dave

O'Mara

seguía teniendo solamente ojos para la doble de Marilyn Monroe.

Pagó muy cara su distracción, pues aunque el conductor del «Ford Mustang» pisó velozmente el pedal del freno, no pudo evitar el accidente.

El morro del coche deportivo golpeó a Dave

O'Mara

y lo lanzó por los aires como si fuese un muñeco de paja.

La caída posterior fue de lo más espectacular.

Y de lo más dura.

Dave

O'Mara

quedó tendido en el lado izquierdo de la calzada, muy cerca de la acera.

Inmóvil.

Los ojos cerrados.

Los brazos en cruz.

Una pierna extendida.

La otra, muy encogida.

Con el talón prácticamente debajo del trasero.

A primera vista, podía decirse que Dave

O'Mara

se había despedido del mundo de los vivos.

Y que acababa de presentarse en el otro, en el de los muertos.

Eso precisamente fue lo que pensó el conductor del «Ford Mustang».

Mejor dicho, la conductora.

Sí, porque se trataba de una preciosa joven, alta y esbelta, de pelo negro, graciosamente corto, que vestía pantalones marrón claro, acampanados, y una ligera blusa a rayas blancas y verdes.

Podían concedérsele unos veintidós años.

La bella muchacha, que ya había salido de su coche, tan blanca como éste, corrió hacia donde yacía Dave

O'Mara,

cuya cabeza levantó con su tembloroso brazo, pasándoselo por la nuca, con todo el cuidado del mundo.

Dave abrió los ojos y la miró.

A la joven le dio un brinco el corazón.

—¡Vive!... —exclamó, sintiendo que los ojos se le humedecían

de emoción.

CAPÍTULO IV

Dave

O'Mara

preguntó:

—¿Quién?

—¡Usted! —respondió la atractiva joven que acababa de atropellarle con su coche.

—Oh, no, se equivoca. Estoy muerto, y como siempre he sido bueno, he ido al cielo. Usted es un ángel, ¿verdad?

—¡No, yo soy un demonio!

—¿De veras...?

—¡Sí, de veras!

Dave esbozó una sonrisa.

—Entonces, es que no he sido tan bueno como creía y he venido al infierno. Pero, si todos los demonios son como usted, no lamento en absoluto haber sido malo.

La joven también esbozó una sonrisa.

—Le agradezco que diga eso, pero tiene que saber que no está usted en el infierno, sigue en el mundo de los vivos.

Dave pestañeó.

—¿No acaba de decir usted que es un demonio?

—Dije eso porque usted ha podido morir por mi culpa. He sido yo quien le ha atropellado, ¿sabe? No podía consentir que usted me confundiese con un ángel, después de lo sucedido...

—Entonces, ¿es usted de carne y hueso?

—¡Claro! Toque y convénzase.

—Oiga, no lo diga dos veces —repuso Dave observando por un instante el busto de la joven, que quedaba perfectamente señalado bajo la blusita.

—Un brazo, hombre... —aclaró ella—. ¿Qué es lo que estaba pensando usted?

Dave carraspeó ligeramente.

—Será mejor que no se lo diga, no me dé una bofetada.

La joven sonrió coquetamente.

—Atrevido.

—Guapa.

—Si tiene ganas de piropearme, es que no se encuentra usted tan mal como yo creía.

—No, me encuentro peor —dijo Dave, haciendo una mueca de sufrimiento.

—¿Dónde le duele?

—Acabaré antes si le digo dónde no me duele.

—Hablemos en serio, por favor.

—Le aseguro que no bromeo.

—¿Tan mal se siente?

—Como si me hubiese caído de la terraza del Empire State Buildings.

—Pues no parece que tenga usted ningún hueso roto...

—Lo que no tengo es ninguno entero.

La joven se mordió el labio inferior, apenada.

—¿Quiere usted hacerme sufrir?

—No, se lo aseguro —respondió Dave.

—Entonces, haga un esfuerzo y levántese.

—Como no llame usted a la grúa...

—Cójase de mí.

—Ya me está provocando de nuevo.

—Y usted ya está pensando cosas que no debe.

—La culpa la tiene usted, por estar tan rica.

—No me hable como si yo fuera un tarro de mermelada, haga el favor.

—Lo siento, pero insisto en que está usted como para comérsela. ¿Si me levanto dejará usted que le dé un mordisquito?

—No sea caníbal.

—¿Ni siquiera en la orejita?

—Vamos, déjese de bromas y trate de ponerse en pie. ¿No ve que estamos llamando la atención?

—¿De quién?

—De la gente que pasa.

Dave reparó por primera vez en los transeúntes que se habían

detenido cerca del lugar donde yacía, formando un semicírculo.

—¿Por qué no se acerca nadie a socorrerme? —preguntó a la joven morena, extrañado.

—A lo mejor piensan que estamos filmando una película —respondió ella.

—Sí, eso debe ser.

—¿Quiere que llame a alguien para que le ayude a ponerse en pie?

—No, prefiero que me ayude usted.

—Arriba, pues.

—¿Puedo cogerme de su cuello? —preguntó Dave.

—Claro —autorizó la muchacha.

—¿Y de su cintura?

—También.

—¿Y de su...?

—Oiga, ¿cuántas manos tiene usted?

—Ocho, como los pulpos —sonrió Dave.

—Los pulpos no tienen manos, tienen tentáculos.

—Mis brazos también se convierten a veces en tentáculos, no crea.

—Claro que lo creo. En sólo unos minutos, he podido darme cuenta de que es usted un tipo de cuidado.

—No lo sabe usted bien.

—Venga, levántese de una vez.

—Por intentarlo que no quede.

Dave se cogió de la joven y, entre caras feas y algún que otro gemido de dolor, logro recuperar la vertical.

Bueno, tanto como la vertical...

Se había puesto en pie, sí, pero se mantenía encorvado como un viejo de noventa años aquejado de lumbago.

Sin soltarse de la joven, preguntó:

—¿Quiere ver si me ha salido joroba?

—¿Joroba?...

—Sí, del batacazo.

—¡Qué va a salirle joroba, hombre!

—Entonces, ¿por qué no puedo enderezar la espalda?

—Porque el golpe más duro debió dárselo ahí.

—Sí, eso debe ser... También me duele mucho la parte de atrás

de los muslos...

—Fue ahí donde le golpeé con el morro del coche.

—Ya.

—Intente caminar.

—No sabe usted lo que dice.

—Sólo hay unos seis metros de aquí a mi coche.

—A mí se me antojan seis kilómetros.

—Inténtelo, por favor.

—¿Contamos con agua y víveres para el camino?

—¿Qué?

—Vamos a tardar varias horas en llegar, se lo advierto.

—¿Cuándo va a dejar de hacer chistes? —recriminó la joven.

—Ya se me agotó el repertorio, no se preocupe.

—Menos mal...

—¿Tan malos eran?

—No, tenían gracia. Pero no es momento para chistes.

—Tiene razón.

—Venga, camine.

—Si ya estoy caminando...

—Pues yo no veo que mueva las piernas.

—Le advertí que no estoy en condiciones de imitar a Jesse Owens.

—¡Ya soltó otro chiste!

Dave tosió.

—Se me escapó, lo siento.

—Mire, la gente se está riendo de nosotros... —observó la muchacha.

—Son unos burlones.

—Deben creer que estamos representando una comedia.

—Si no fuera porque tardaría un siglo, pasaría el plato, recogería unos cuantos dólares, y con ese dinero la invitaría a cenar.

La joven apretó los dientes.

—Otro chiste más y le dejo tirado en la calzada.

—Éste ha sido el último.

—Eso mismo dijo antes.

—Ahora es de verdad.

—Más le vale. ¡Y muévase de una vez, hombre!

—Ya falta menos, ¿verdad?

—¡Falta lo mismo!

—¿Seguro?

—¿Es que no lo ve?

—Oiga, ¿no será que su coche se mueve?

—¡El que tiene que moverse es usted!

—Me muevo todo lo aprisa que puedo, créame.

—Lo que creo es que usted está exagerando más de la cuenta.

—Si estuviera usted en mi pellejo, sabría.

—Venga, siga, siga.

—¿Por qué no acampamos aquí?

La joven pareció que iba a enfadarse otra vez con Dave, pero acabó riendo, contagiándose de la risa de los transeúntes que se habían detenido.

—Es usted imposible, de veras —se limitó a decir.

—Y usted una chica preciosa, también de veras —repuso Dave.

—No más piropos, por favor.

—No me suelte, que me caigo.

—No se preocupe, no le suelto.

—Ni yo a usted, descuide.

Por fin, llegaron al coche de la muchacha.

Ella abrió la portezuela de la derecha y Dave se dejó caer materialmente en el asiento, exclamando:

—¡Gracias, Dios mío, por haberme dado fuerzas para llegar hasta aquí!

—Es usted un comediante de primera —dijo la joven, sentándose al volante.

—Sí, sí, comediante...

Ella puso el coche en marcha.

—¿A qué hospital me lleva? —preguntó Dave.

—A ninguno. Le llevo a mi casa.

—¿A su casa...?

—Sí. Yo misma le atenderé.

CAPÍTULO V

Tras unos segundos de silencio, Dave

O'Mara

preguntó:

—¿Cómo se llama?

—Norma Keyes —respondió la joven—. ¿Y usted?

—Dave

O'Mara.

—¿Se siente mejor, Dave?

—No.

—Sabía que me respondería eso, no sé por qué se lo pregunté —gruñó la muchacha.

Dave sonrió.

—Me encantará ser atendido por una enfermera tan atractiva.

—No crea que va a ser tan divertido.

—¿Por qué quiere usted ocuparse de mí personalmente, Norma?

—Es lo menos que puede hacer, ¿no? Fui yo quien le atropelló.

—Eso es verdad.

—Aunque no toda la culpa fue mía.

—¿Qué quiere decir?

—Que si usted no hubiese cruzado la calzada tan distraído, se hubiera podido evitar el accidente.

Dave suspiró.

—Sí, admito que iba distraído.

—Sólo tenía ojos para la grupa de la rubia.

—¿Qué rubia?

—No se haga el tonto, Dave.

O'Mara

sonrió de nuevo.

—De acuerdo, también admito eso.

—¿Siempre se distrae tanto cuando ve una chica de formas

exageradas?

—Oh, no, le aseguro que no. Lo que pasa es que llevaba quince largos meses sin ver una mujer, ni de formas explosivas ni de las otras.

Norma Keyes sonrió con ironía.

—¿Acaso ha estado recluido en un monasterio?

—Mucho peor que eso.

—¿Dónde ha estado?

—Prefiero no decírselo.

—¿Por qué, Dave?

—Porque quizá cuando lo sepa cambie de idea y ya no quiera ocuparse de mi pobre espalda.

—¿Y si le prometo que nada me hará cambiar de idea?

—En ese caso...

—Ya está prometido, Dave.

—Muy bien, allá va. He estado en la cárcel.

La joven parpadeó.

—¿En la cárcel?

—Sí, Norma, allí me he pasado los últimos quince meses... Precisamente hoy he salido. Y, para celebrarlo, voy y me dejo atropellar por un coche. Si esto no es ser desgraciado...

Sobrevino un silencio.

Fue Norma Keyes quien lo rompió:

—¿Puedo preguntarle por qué le...?

—¿Por qué me encerraron?

—Sí.

—Me culparon de un delito que no cometí: Sí, ya sé que todos suelen decir lo mismo, pero en mi caso es la verdad.

—¿Qué pasó, Dave?

—Se lo contaré, aunque de antemano sé que no va a creerme.

—¿Por qué no habría de creerle?

—Todo el mundo duda de la palabra de un expresidiario.

—Cuénteme su historia, Dave, por favor...

Dave

O'Mara

lo hizo.

Cuando acabó su relato, Norma Keyes sonrió suavemente.

—Voy a darle una sorpresa, Dave.

—Está usted casada y es madre de tres hijos.

La joven rió.

—No, soy soltera.

—¿Cuál es la sorpresa, entonces?

—Que yo sí le creo.

—No me diga...

—De veras que sí.

—Caramba, pues gracias por la confianza.

—¿Qué piensa hacer ahora, Dave?

—Ir a su casa, a que me atienda la espalda.

La joven volvió a reír.

—Yo me refería a que va a hacer después, cuando ya no le duela nada.

—Eso será dentro de un mes, por lo menos.

—Bueno, pues dentro de un mes. ¿Qué hará?

—Romperle la cara al tipo que me tendió la trampa. A los otros dos, los que pusieron los sobres de heroína en el cajón de mi cómoda, ya les di su merecido hace un rato.

—¿Y cuando se haya vengado también de ese tercer individuo...?

—Buscaré trabajo. Sé que no me será fácil encontrar un empleo, por mi condición de expresidiario, pero seguiré buscando, hasta que alguien se decida a confiar en mí.

—Lo encontrará, Dave, estoy segura.

—Gracias, es usted muy amable, además de muy bonita.

—Por favor, no empiece otra vez con sus galanterías.

—¿Por qué ha detenido el coche?

—Porque hemos llegado a mi casa.

Dave miró por la ventanilla.

Descubrió una casita preciosa, de dos plantas, rodeada de césped y flores.

—¿Es ésta? —preguntó.

—Sí —asintió la muchacha—. ¿Le gusta?

—Ya lo creo.

—Me alegro.

—¿Vive usted sola en ella?

—No, con mis hermanos.

Dave respingó sobre el asiento, pese al dolor de espalda.

—¿Cuántos hermanos?

—Tres.

—¿Mayores que usted?

—Sí, son mayores que yo. Jack, que juega al *rugby*, tiene veintinueve años; Roy, que es luchador de *catch*, tiene veintisiete; y Peter, que es boxeador, veinticinco.

Dave se había quedado con la boca abierta.

—¡Un Jugador de *rugby*, un luchador de *catch*, y un boxeador...!

—Sí, tengo unos hermanos muy deportistas.

—¡Vuelva a poner el coche en marcha, Norma!

—¿Para qué? —preguntó ella, con extrañeza.

—Para llevarme al hospital más cercano.

—¿Ya no le parece encantador que le atienda una enfermera tan atractiva como yo...? —repuso, irónicamente, Norma.

—No, prefiero una enfermera que no tenga hermanos, aunque sea menos atractiva.

Norma Keyes rompió a reír.

Dave

O'Mara,

ceñudo, gruñó:

—¿Qué es lo que le hace tanta gracia, si puede saberse?

—Yo no tengo hermanos, Dave —confesó la joven.

—¿Eh?

—Sólo fue una broma.

—Conque una broma, ¿eh?

—Sí.

—¿Y qué pretendía con ella?

—Comprobar lo que ya sospechaba: que es usted un conquistador de tomo y lomo.

Dave tosió.

—Bueno, tanto como eso...

—Sí, no lo niegue. Por eso quiso largarse en cuanto le dije que tenía tres hermanos mayores que yo, y deportistas además. ¿A que ahora que sabe que no es cierto ya no quiere ir a ningún hospital?

Dave sonrió.

—Por supuesto que no.

—Granuja... Ande, salga del coche.

—¿Sigue queriendo ocuparse de mí personalmente?

—Por supuesto. Vivo sola, pero sé defenderme. Como intente usted propasarse conmigo...

Dave compuso una mueca de dolor.

—Bueno estoy yo para propasarme con alguien...

—Vamos, salga —indicó Norma, descendiendo del coche.

—Tendré que apoyarme en usted.

—Muy bien, apóyese.

Dave salió del coche y, cogido a la muchacha, pudo alcanzar la puerta de la casa y entrar en ésta.

Norma lo condujo a la sala de estar, en donde había un largo y cómodo sofá.

Dave se desplomó materialmente en él.

—Estoy más muerto que vivo, Norma.

—Ya está exagerando otra vez.

—Le aseguro que no.

—No se preocupe, yo le haré revivir.

—A ver si es verdad.

—Espere aquí, Dave.

—Puede estar segura de que no me moveré.

Norma dejó la sala de estar, regresando poco después con un botiquín, un vaso, que contenía dos dedos de agua, y un pequeño tubo.

Depositó el botiquín sobre la mesa ratona, extrajo un par de comprimidos del tubo, y se los ofreció a Dave, junto con el vaso de agua.

—¿Qué es esto, Norma?

—Tómelos, le aliviarán el dolor.

—¿Seguro que no me moriré?

—Le doy mi palabra de enfermera.

—Pero es que usted no es enfermera.

—Por eso se la doy —sonrió graciosamente la muchacha.

—Está bien, me los tomaré, para que vea que me fió de usted —dijo Dave, y se echó los comprimidos a la boca, engulléndolos con un trago de agua.

—Buen chico, Dave.

—No hablemos de cosas buenas —repuso

O'Mara,

mirándola significativamente.

Norma, pasando por alto el nuevo piropo, indicó:

—Quítese la ropa.

—Es la mujer la que se desnuda primero.

—¿A que le doy una bofetada?

—Eh, que sólo era una broma.

—Vamos, quítese la cazadora y la camisa.

—Enseguida.

Dave se desprendió de ambas prendas, con algunas dificultades y varias muecas, quedando con el torso desnudo.

—Ahora, los pantalones —indicó Norma.

Dave respingó.

—¿Los pantalones también...?

—¿No dice que le duelen mucho las caras posteriores de los muslos?

—Sí, pero...

—No puedo aplicarle nada en esas zonas si no se quita los pantalones.

—Está bien, fuera pantalones —rezongó Dave, desabrochándose el cinturón.

Se sacó las botas, se bajó la cremallera de los tejanos, y se los quitó, quedándose solo con el *slip* y los calcetines.

Miró a Norma Keyes.

—¿Tengo que quitarme algo más, enfermera?

Ella sonrió, divertida.

—No, ya es suficiente.

—Menos mal.

—Tiéndase en el sofá, boca abajo —indicó la joven, mientras abría el botiquín.

Dave obedeció.

Norma extrajo un frasco del botiquín, lo destapó, se echó unas cuantas gotas de un líquido espeso y oscuro en la palma de su mano derecha, y luego pasó ésta, con mucho cuidado, por la espalda de Dave, muy enrojecida por el golpe recibido.

—¿Que me está aplicando, Norma?

—Un bálsamo que le irá de maravilla.

—Ojalá sea verdad.

—Ya verá como sí.

—Tiene usted unas menos muy suaves, Norma.

—Y usted una espalda muy fuerte, Dave.

—Gracias a eso no me la he partido, porque el batacazo fue de concurso.

—Sí, fue tremendo.

—Qué extraño...

—¿El qué?

—Me está entrando sueño.

—Es el efecto de las pastillas.

—Pero, yo no quiero dormirme...

—Le sentará bien, Dave.

—Norma, que estoy prácticamente desnudo, no puedo dormirme así, estando usted...

—No se preocupe, le cubriré con una manta.

—Pero...

Dave

O'Mara

no pudo seguir hablando, porque acababa de dormirse.

CAPÍTULO VI

Michael Brogan se hallaba tendido de espaldas en una tumbona. En bañador.

Disfrutando de los rayos del sol.

Brogan era un tipo sano y musculado, bien parecido, además.

Había cumplido ya los treinta y ocho años, pero no aparentaba más de treinta y cinco, gracias, principalmente, a las dos horas que todas las mañanas se pasaba en el gimnasio de su magnífica casa, haciendo toda clase de ejercicios.

Ejercicios que luego se completaban con una hora aproximadamente de natación, en la hermosa piscina que tenía en la no menos hermosa terraza.

Precisamente en aquellos momentos, en la piscina evolucionaba Sandra Blyth, la última conquista del apuesto Michael Brogan.

Y lo hacía con gran estilo.

Sandra se acercó al borde de la piscina.

—¡Eh, Michael!

Brogan, sin abrir los ojos, gruñó:

—¿Qué?

—Ven a darte una zambullida, cariño.

—No, no me apetece bañarme todavía.

—¡El agua está riquísima, Michael!

—Pues bébetela toda.

Sandra Blyth rió cantarinamente.

—¡Qué salidas más buenas tienes, tesoro!

Brogan no respondió.

Sandra insistió:

—¡Anda ven, no seas tonto!

—Te he dicho que no me apetece bañarme todavía, Sandra.

—¡Quiero darte un beso debajo del agua!

—Ya me lo darás después.

—¡No me hagas sufrir, amorcito!

Brogan levantó bruscamente la cabeza y la miró, ceñudo, mientras su mano derecha atrapaba una de sus zapatillas.

—Lo que voy a hacer es arrancarte el gorro de baño de un zapatillazo, como no te calles de una vez.

—¿Qué mosca te ha picado esta mañana, Michael...? —preguntó ella, extrañada.

—¡Ni mosca, ni moscón!

—Hijo, qué modales...

—Tú has hecho que me altere, por ser tan pesada.

Sandra se mordió el labio.

—Está bien, Michael, perdona... No era mi intención molestarte, de veras.

Michael Brogan soltó un gruñido.

También soltó la zapatilla que había amenazado con tirarle a su amiguita.

Descansó de nuevo la cabeza en la tumbona y cerró los ojos.

Sandra Blyth nadó hacia la escalerilla metálica y salió de la piscina.

Lo primero que hizo fue quitarse el gorro de baño.

El cabello, largo y rojizo, le cayó sobre los mojados hombros.

Sandra, que tenía un cuerpo realmente prodigioso, del cual sólo unos pocos centímetros quedaban cubiertos por el diminuto bikini rojo que llevaba puesto, caminó hacia donde se encontraba Michael Brogan.

Junto a la tumbona de éste, prácticamente pegada, había otra, y en ella se tendió la escalofriante pelirroja, de cara al sol.

Miró a Brogan, que seguía con los ojos cerrados.

—Michael...

—¿Qué?

—¿Estás enfadado conmigo?

—No.

—¿De veras que no, cariño?

—Lo estaba, pero ya se me pasó.

—Cuánto me alegro.

—Lamento haberte gritado, Sandra.

—No te preocupes, ya está olvidado. ¿Quieres ponerme crema en la espalda, cielo? —rogó la pelirroja, ofreciéndole el tubo.

—Anda, date la vuelta —sonrió Brogan, cogiendo el tubo de crema antisolar.

Sandra se puso boca abajo, se llevó las manos a la espalda y se soltó la pieza superior del bikini.

—Cuando quieras, amor.

Brogan le untó la espalda, aunque sus ojos miraban otras cosas.

Todas ellas muy tentadoras.

Tanto, que Brogan acabó arrojando el tubo y se abrazó a la pelirroja, dominado por el deseo.

—¡Oh, Michael! —rió ella, soportando complacida los besos y las caricias de él.

Cuando más entusiasmado se hallaba Michael Brogan, se escuchó una tosecita embarazosa.

Brogan giró la cabeza bruscamente.

A un par de metros de él había dos hombres.

No los conocía.

Al menos, eso creyó en un principio.

Pero no podía asegurarlo.

Tenían las caras tan tumefactas y tan llenas de tiritas...

Especialmente, uno de ellos, el de la izquierda, que era el más bajo.

Sin apartarse de la pelirroja, porque esta ahora sólo conservaba la pieza inferior del bikini, Brogan inquirió:

—¿Quiénes son ustedes?... ¿Cómo han llegado hasta aquí?

El tipo de la derecha, delgado, pero fuerte, parpadeó un par de veces.

—¿De veras no nos reconoce, señor Brogan?

Michael Brogan respingó ligeramente.

—Por la voz, yo diría que tú eres Oscar...

El tipo alto dio una cabezada.

—Sí, jefe, soy Oscar. Y esto que tengo a mi lado, es lo que queda de Jacky.

—¡No...!

Oscar McRae volvió a cabecear.

—Le juro que sí, señor Brogan.

—¡Tiene la cara hinchada y negra como un higo maduro...!

—Sí, da escalofríos mirarle... Y a mí, también, aunque reconozco que el pobre Jacky salió peor parado que yo.

—Pero ¿qué diablos os pasó, muchachos?... ¿Os atropelló un camión de mudanzas? ¿Os cayo un edificio encima? ¿Os arrolló un expreso de Chicago, cuando cruzabais un paso a nivel?

—Una mezcla de todo eso, señor Brogan. ¿Verdad que sí, Jacky?

Jacky Fulton separó apenas los labios y emitió un sonido gutural muy extraño:

—Grop...

—Buen provecho —dijo Brogan.

—Jacky no ha eructado, jefe —carraspeó McRae.

—¿Ah, no?

—Ha querido decir que sí.

—¿Y por qué habla con voz de desagüe obstruido?

—Tiene la boca en muy malas condiciones, apenas puede mover los labios...

—Eso no son labios, son bordillos de acera pintados de negro.

—Muy acertada la comparación, jefe.

—Si yo estuviera en vuestro lugar, me arrojaría de cabeza a un cubo de desperdicios.

—Lo pensamos, no crea. Pero convenimos en que nuestra obligación era venir antes a darle cuenta de lo sucedido.

Michael Brogan rezongó algo que Oscar McRae no entendió.

—¿Qué ha dicho, jefe?

—Nada —gruñó Brogan—. Daros la vuelta un momento.

—¿Para qué?

—Eso no te importa, Oscar.

McRae se dio la vuelta.

Fulton, en cambio, no se movió.

Brogan endureció el gesto.

—¿No me has oído, Jacky?

Fulton dio la impresión de que eructaba de nuevo.

—Maldita sea... —masculló Brogan—. ¿Qué ha dicho ahora, Oscar?

—Jacky quiere saber si, cuando se vuelva, le dará usted un puntapié en el trasero.

—¡Que puntapié en el trasero ni qué...!

—Vamos, Jacky, date la vuelta —rogó McRae, cogiendo del brazo a su compañero.

Fulton se giró, pero despacio, muy despacio, porque las piernas

le flaqueaban.

Cuando ambos estuvieron de espaldas, Brogan se separó de la escultural pelirroja. En tono bajo, le dijo:

—Cúbrete el pecho y desaparece de la terraza, Sandra. Tengo que hablar a solas con los muchachos.

—Han sido muy inoportunos, ¿verdad? —repuso ella.

—Obedece, rápido.

Sandra Blyth se colocó el sujetador del bikini, se lo abrochó, y saltó de la tumbona. Después de besar a Michael Brogan en los labios, aunque muy fugazmente, se encaminó hacia la puerta que comunicaba con la casa, con un formidable balanceo de caderas.

—Ya podéis volveros —indicó Brogan a sus muchachos, poniéndose en pie.

McRae y Fulton continuaron de espaldas a él.

—¡He dicho que ya podéis volveros! —rugió Brogan, adivinando por qué Oscar y Jacky no se movían.

Estaban comiéndose con los ojos a Sandra.

Como la pelirroja estaba a punto de desaparecer por la puerta, McRae y Fulton se dieron la vuelta, mientras pensaban que su jefe era un tipo con suerte.

No todos podían presumir de tener una amiguita así.

A Michael Brogan le extrañó que McRae mantuviese en todo momento las piernas torcidas.

—¿Dónde has dejado el caballo, Oscar?

McRae emitió un sonido quejumbroso.

—No se burle, jefe.

—¿Por qué tuerces las piernas?

—Porque el tipo que nos sacudió me soltó un terrible punterazo ahí donde usted está pensando, y todavía me duele.

Brogan había fruncido el ceño.

—¿Dices que un tipo os sacudió...?

—Y de qué manera, jefe. Bueno, a la vista está.

—¿Quién fue?

—Un viejo conocido nuestro y suyo, señor Brogan. Dave O'Mara.

—¿Dave

O'Mara...?

—Sí, jefe.

—
¡O'Mara
está en la cárcel!

—No, jefe, ha salido hoy, para desgracia nuestra. Le rebajaron tres meses la condena, por buen comportamiento. Se presentó en los billares de Jerry Tres Bandas, nos sorprendió en la sala pequeña, y allí nos dio la gran paliza a los dos.

—¿Por qué os atacó, no lo dijo?

—Sí, lo dijo. Sabe que usted se dedica al tráfico de drogas, que Jacky y yo pusimos los sobres de heroína en el cajón de su cómoda por orden suya, y también sabe por qué nos dio usted esa orden.

—Suponía que lo sabía.

O'Mara
no es tonto.

—También quiere partirle la cara a usted, jefe.

—¿A mí?

—Sí, eso dijo. No tardará en aparecer por aquí.

Brogan sonrió.

—Muy bien, que venga.

McRae pestañeó.

—¿No le preocupa que Dave quiera desfigurarle el rostro a puñetazos?

—En absoluto. ¿Y sabes por qué?

—No...

—
O'Mara
no conseguirá alcanzarme ni una sola vez con sus puños.

—¡Ja!

Brogan atirantó la cara.

—¿A qué viene esa exclamación, idiota?

McRae carraspeó.

—Dave es muy hábil con los puños, señor Brogan. Jacky y yo podemos dar fe de ello.

—Jacky y tú sois un par de inútiles.

—Muchas gracias.

—De nada.

McRae volvió a carraspear.

—¿De veras piensa usted hacer frente a Dave

O'Mara,
jefe?

—¡Pues claro! Tengo conocimientos de judo, de kárate, de boxeo... Podré con él con una sola mano y un ojo cerrado.

Jacky Fulton emitió otro sonido raro.

Brogan lo miró.

—¿Qué ha dicho Jacky, Oscar?

—Prefiero no traducírselo, jefe.

—¡Te lo ordeno!

—Está bien, señor Brogan. Ha dicho: «Pobre iluso».

Michael Brogan levantó el puño derecho, con intención de estrellárselo en la cara a Fulton.

Pero no lo hizo.

Le dio pena, porque aquello no era cara ni era nada.

Bajó el puño y gruñó:

—Tienes suerte de estar hecho una piltrafa, Jacky, porque si no...

Fulton separó ligeramente los amoratados labios y pareció eructar de nuevo.

—Jacky le da las gracias por no haberle sacudido, jefe —tradujo McRae.

—¿Cuándo volverá a hablar como las personas?

—Esperemos que sea pronto.

—Sí, porque habla como los hombres de las cavernas, a gruñidos.

McRae dio un suspiro.

—Bien, nosotros nos vamos, señor Brogan.

—No, vosotros os quedáis aquí —ordenó Brogan.

—¿Eh?

—Quiero que estéis presentes cuando Dave

O'Mara
llegue.

—Jefe, que si usted no pudiera con él, Jacky y yo volveríamos a «cobrar»...

—Si volvéis a ponerlo en duda, «cobraréis» de todos modos —amenazó Brogan.

CAPÍTULO VII

Dave

O'Mara

empezó a oír unas voces lejanas.

Abrió los ojos y levantó ligeramente la cabeza.

Seguía en el sofá, tendido boca abajo.

Prestó mayor atención a las voces.

Reconoció la de Norma Keyes.

La otra era de hombre.

Evidentemente, se trataba de una discusión.

Dave apartó la manta que le cubría el cuerpo y quedó sentado en el sofá.

Se sorprendió bastante al notar que el dolor de la espalda y de las caras posteriores de los muslos había desaparecido casi por completo.

Miró su reloj.

Eran más de las cuatro.

Había dormido, pues, cuatro horas largas.

«Diablos con las pastillitas...», pensó Dave.

Su ropa descansaba en un sillón, al alcance de su mano.

Se enfundó los tejanos, la camisa, y luego se puso las botas.

Dave se levantó del sofá y, después de abrocharse el cinturón, dio unos pasos por la estancia.

Comprobó que podía moverse con absoluta normalidad.

Las pastillas y el bálsamo le habían dejado como nuevo.

Contento de encontrarse tan recuperado, se dirigió a la puerta y salió de la sala de estar.

Norma y el tipo que discutía con ella, cada vez más acaloradamente, por cierto, se encontraban en el piso alto.

Dave se detuvo al pie de la escalera y escuchó.

—¡Tú te habías comprometido a posar por ese precio, Alan! —

decía la joven, muy enfadada.

—¡Es un precio ridículo, Norma! —respondió el tipo.

—¡Es un precio justo! ¡Tú has posado otras veces para mí por esa cantidad!

—¡Los tiempos han cambiado!

—¡Sí, pero no tanto!

—¡No quiero seguir discutiendo contigo, Norma! ¡O me pagas lo que te he pedido, o te buscas otro modelo!

—¡No puede pagarte lo que me pides, porque eso es un robo!

—¡Soy un modelo que empieza a cotizarse bien, admítelo de una vez! ¡Si tú no me pagas esa cantidad, otro lo hará! Tengo muchas proposiciones, ¿sabes?

—¡Y muy poca palabra, también!

—¡Adiós, Norma!

—¡Espera!

—¿Has cambiado de idea?

—No puede pagarte lo que me pides, pero sí un poco menos...

—No pienso rebajar ni un centavo, lo siento.

—¡Y yo lo que siento es haberte conocido! —se exaltó de nuevo Norma.

—No lo creo, porque soy un hombre muy apuesto —respondió jactanciosamente el tipo.

—¡Tú no eres hombre ni eres nada!

Se produjo un silencio.

El tipo masculló:

—No has debido decir eso, Norma...

—Lo he dicho porque es verdad! —gritó ella, sin achicarse lo más mínimo.

—Voy a demostrarte que soy tan hombre como el que más.

—¡Quítame las manos de encima, Alan!

—¡Vas a ser mía, Norma!

—¡Suéltame, puerco!

—¡No, no voy a soltarte!

—¡Canalla...!

Dave

O'Mara

se dijo que ya había oído suficiente.

Echó a correr escaleras arriba y alcanzó en unos pocos segundos

la habitación en la que tenía lugar la violentísima discusión, cuya puerta permanecía entornada.

Dave la empujó con brusquedad e irrumpió en la estancia.

Era un estudio de escultor.

En el suelo, tendida de espaldas, con la blusa abierta de par en par, yacía Norma, y sobre ella, sujetándole los brazos lejos de la cabeza, se hallaba el tipo llamado Alan, un sujeto alto y atlético, de rostro muy atractivo y cabello rubio.

Ninguno de los dos había visto ni oído entrar a Dave.

Éste se acercó rápidamente al rubio, lo levantó, agarrándolo por la elegante americana, y le conectó el puño en la barbilla.

El tipo se fue para atrás muy aprisa, perdió el equilibrio, y acabó en el suelo.

Dave se inclinó sobre Norma y la ayudó a ponerse en pie.

—¿Se encuentra bien, Norma?

—Sí... —musitó ella, sin color en las mejillas.

Se cerró la blusa y la mantuvo así sujetándosela con una mano.

No podía abrochársela, pues todos los botones habían saltado cuando Alan se la abrió de un violento tirón.

El rubio ya se había incorporado, sangrando ligeramente por la comisura de la boca.

Sin pronunciar palabra, se lanzó sobre Dave, con los puños por delante.

Hizo un amago con el derecho, pero le lanzó el izquierdo.

Dave, cuyos reflejos no estaban tan ágiles como de costumbre, debido al accidente sufrido aquella misma mañana, no pudo burlar el golpe.

El puño del rubio le alcanzó en el mentón y lo derribó.

—¡Dave! —gritó Norma, angustiada, porque sabía que el joven no se encontraba en las mejores condiciones físicas.

O'Mara

sacudió la cabeza varias veces, sentado en el suelo.

—Tranquila, Norma —dijo, haciendo ademán de levantarse.

Alan fue hacia él, dispuesto a impedírselo.

Quiso propinarle un punterazo en la mandíbula, pero Dave consiguió agarrarle el pie y se lo torció con brusquedad.

El rubio pegó un chillido de dolor, al tiempo que se veía obligado a realizar una difícil pirueta en el aire, único modo de

evitar la fractura del tobillo.

Un par de segundos después se estrenaba contra el suelo.

Dave se puso en pie antes que Alan.

Fue más noble que el rubio, pues esperó a que éste se levantara.

Entonces, le clavó un puño en el estómago, obligándole a lanzar un rugido y a doblarse hacia adelante.

Dave puso en marcha su gancho de izquierda.

El tipo se desdobló en el acto.

Dave le propinó un par de puñetazos en el rostro.

No excesivamente duros.

Como si no quisiera derribarlo todavía.

En efecto, no quería.

Prefería enviarlo al suelo con un tercer golpe.

Y se lo propinó.

Éste sí que fue duro.

Pura dinamita.

El rubio se derrumbó como una pared.

Quedó de espaldas en el suelo, sin fuerzas para levantarse y reanudar la pelea, aunque no llegó a perder el sentido totalmente.

Dave vio una jarra de agua sobre una mesa.

La cogió y la vació sobre la cara del tipo.

El rubio se puso a toser como un caballo acatarrado.

Con grandes dificultades, logró ponerse en pie.

Dave lo miró duramente.

—Largo de aquí, rubio —ordenó, señalándole la puerta.

Alan no se hizo repetir la orden.

Caminando como un borracho, alcanzó la puerta y salió del estudio.

Dave salió también, para asegurarse de que el rubio abandonaba efectivamente la casa.

Desde lo alto de la escalera vio que el tipo, se largaba de verdad. Entonces, regresó al estudio.

Miró a la joven, sonriente.

—Parece que desperté a tiempo, ¿eh, Norma?

—Muy a tiempo, Dave —asintió ella, pálida todavía—. El tipo se había propuesto abusar de mí.

—Me alegro de haberlo impedido.

—¿Cómo se siente usted, Dave?

—Estoy en forma otra vez, ¿no lo ha visto?

Norma sonrió.

—Sí, hay que ver cómo sacude usted, Dave.

—Estuve a punto de dedicarme al boxeo, cuando sólo contaba dieciocho años, pero lo pensé mejor y desistí.

—Hizo bien.

—¿No le gusta esa profesión?

—No, no me gusta nada. Me parece bien que un hombre golpee a otro por defender a alguien o defenderse a sí mismo, pero no por dar satisfacción a una masa sedienta de violencia y de sangre. Ya no estamos en la época de los romanos.

—Opino igual que usted, Norma.

La joven se miró la blusa, con pena.

—Ese bestia de Alan Coward me ha dejado la blusa sin un solo botón...

—Eso tiene arreglo, Norma.

—¡Eh!, ¿qué hace? —exclamó ella, viendo que Dave cogía las dos puntas de la blusa.

—Ahora lo verá —sonrió él, anudando ambas puntas a la cintura de la muchacha.

Seguidamente dio un paso atrás, para observar desde allí a la joven.

—Ha quedado perfecto, Norma.

Ella se miró también.

—¿Usted cree, Dave?

—¡Seguro! Le favorece mucho mostrar la morena piel de su estómago.

—No es lo único que nuestro —repuso Norma, mirándose los muchos centímetros de busto que quedaban al descubierto, porque la joven usaba un breve sujetador, la mar de sugestivo.

Dave preguntó:

—¿Se baña usted en bikini, Norma?

—Sí, claro.

—¿Y no enseña mucho más entonces?

—Desde luego. Pero es que ahora no estamos en la playa, ni en una piscina...

—¿Sabe que tiene usted una monada de ombligoito, Norma?

—Dave, por favor... —rió ella.

—¿Por qué no me dijo que era escultora?

—Ni se me ocurrió.

—Esa profesión sí que es bonita.

—Sí, lo es.

—Supongo que ahora buscará otro modelo para sustituir a ese Alan Coward.

Norma sonrió extrañamente.

—Me parece que ya lo tengo, Dave.

—¿Ah, sí?

—Usted será mi nuevo modelo.

CAPÍTULO VIII

Dave

O'Mara

respingó cómicamente.

—¿Cómo ha dicho?

—Que usted será mi nuevo modelo, Dave —repitió Norma Keyes, esforzándose por contener la risa, porque el gesto de perplejidad de Dave

O'Mara

invitaba a eso precisamente, a reírse.

Dave sonrió nerviosamente.

—Tiene usted ganas de broma, ¿eh, Norma?

Ella movió la cabeza de derecha a izquierda.

—Le estoy hablando muy en serio, Dave.

—No, no puedo creer que esté usted hablando en serio.

—Le juro que sí.

—No diga tonterías, Norma.

La joven cruzó los brazos sobre el busto.

—¿Por qué le parece una tontería posar para mí, vamos a ver?

—¡Diablos, porque yo no soy modelo!

—Pero puede serlo.

—Sí, tal vez. Pero no quiero.

—¿Por qué no quiere?

—Porque me parece ridículo eso de permanecer un par de horas quieto como una estatua, mientras usted le arrea con el martillo al escoplo.

—Pues no tiene nada de ridículo.

—Lo siento, pero a mí me lo parece.

—Le pagaría bien, Dave.

—¿Ah, sí?

—Lo mismo que iba a pagarle a Alan Coward.

—¿Y cuánto es eso?

—Cincuenta dólares por cada sesión.

Rave respingó.

—¿Cincuenta pavos...?

—No está mal, ¿verdad? —sonrió Norma.

—¿Y cuántas horas tendría que pasarme haciendo la estatua? —quiso saber Dave.

—Tres.

—¿Tres...?

—Con varios descansos de diez minutos.

—Hombre, eso de los descansos está bien.

—Son necesarios, tanto para el modelo como para el escultor.

—¿Y cuántos días tendría que posar? —preguntó.

Dave, rascándose una patilla.

—No puedo responderle a eso con certeza, pero yo calculo que, si todo va bien, tres semanas serían suficientes.

—¡Tres semanas...!

—Sábados y domingos no trabajo, lo cual reduce a quince las sesiones —explicó Norma.

Dave pegó un manotazo al aire.

—Olvídelo, Norma, eso es mucho tiempo.

—Quince sesiones, a cincuenta dólares la sesión, hacen un total de setecientos cincuenta dólares... ¿No es una bonita suma, Dave?

—Casi tanto como usted, pero...

—¿Tan sobrado anda de dinero, Dave?

—Oh, no, al contrario.

—¿Entonces...?

—No me gusta la profesión de modelo, ya se lo he dicho. Es de lo más aburrida.

—Si suelta algunos chistes en cada sesión resultará divertido.

—No tendría humor para soltar chistes.

—Si quiere, le pagaré un poco más...

—Oh, no, cincuenta pavos por sesión es un buen precio, Norma. Lo que pasa es que...

—Dave, estoy en un aprieto. No puedo perder días buscando otro modelo, porque tengo que entregar la escultura en una fecha determinada. Es un encargo de un Pabellón Deportivo de Búfalo, que se va a inaugurar el día primero del próximo mes. Si para

entonces no he entregado la escultura, anularán el encargo y tendré que quedarme yo con ella. Alan Coward conocía esta circunstancia, por eso quiso aprovecharse de la situación. No hay muchos modelos, y él lo sabe...

Dave

O'Mara

se rascó la barbilla, pensativo.

De pronto, miró a Norma Keyes y preguntó:

—¿De veras cree que yo puede servirle como modelo, Norma?

—¡Oh, sí!, seguro. Tiene usted un cuerpo atlético, perfectamente musculado, sin un gramo de grasa... Y un rostro de lo más varonil. Si accede a posar para mí, haré una escultura preciosa.

—Bien, no se hable más.

—¿Quiere decir que acepta?

—Sí, haré la estatua para usted.

—¡Qué alegría me da, Dave!

—Pero, con una condición.

Norma ensombreció ligeramente el rostro.

—Si va a pedirme algo deshonesto a cambio, sepa que...

—¿Por quién me toma?

—¿Qué condición es ésa, Dave?

—Que me permita quedarme en su casa mientras tenga que posar para usted.

La joven dio un respingo.

—¿Quedarse aquí?

—Sí.

—¿Por las noches también?

—Claro.

—¿Es que no tiene casa?

—Eso que usted dice —asintió Dave—. Vivía en una habitación alquilada, pero ahora es lógico que esté ocupada. Además, no quiero volver por aquel viejo edificio... Todos se quedarían mirándome y dirían en voz baja: «Mira, ya ha vuelto el expresidente».

—Puede alojarse en una pensión...

—Prefiero alejarme aquí. Y a usted le conviene que me quede, Norma.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Alan Coward podría volver por aquí, con muy malas intenciones. Si viene, yo la defenderé.

—¿Y quién me defenderá de usted, si se pone pesado?

Dave sonrió.

—De mí no tiene usted nada que temer, Norma.

—¿Cómo puedo estar segura?

—Sólo tiene mi palabra. Y sé que no es mucho, tratándose de la palabra de un expresidiario. Pero...

—No siga, Dave, por favor.

—¿Puedo quedarme, Norma?

—Puede quedarse.

—Muchas gracias.

—¿Cómo está de apetito, Dave? —preguntó la joven, sonriendo.

—Me comería un toro.

—También yo tengo mucho apetito, porque es muy tarde. Bajemos a llenar nuestros respectivos estómagos.

—Antes me gustaría saber algo, Norma.

—¿El qué?

—¿Qué tipo de escultura tiene que hacer?

—Un Discóbolo.

—¿Un qué...? —Parpadeó Dave.

—Un atleta disponiéndose a lanzar el disco —explicó la joven—. Espere, le mostraré un par de grabados.

Así lo entenderá mejor.

Norma se dirigió a la mesa, abrió el cajón y sacó una carpeta, de la cual extrajo unas cartulinas.

Volvió junto a Dave y se las mostró.

—Mire, esto es un Discóbolo. Éste lo esculpió Mirón. ¿Ha oído usted hablar de Mirón?

—¡Oh!, sí, mucho. Era un tipo muy zorro, que miraba por un pequeño agujero que él mismo hizo en la pared que separaba su cuarto de baño del de su vecina, una rubia imponente, a la cual veía ducharse todos los días. De ahí viene lo de «Mirón».

Norma empezó a reír.

—Qué tremendo es usted, Dave.

—Yo lo soy, pero usted lo está —piropeó

O'Mara.

—Mirón era un célebre escultor griego de mediados del siglo v

de nuestra Era, autor, además de este Discóbolo, de las estatuas de los atletas Tinantes y Licino —explicó Norma.

—Tinantes y Ricino... Lo siento, pero jamás los había oído nombrar.

—Tinantes y Licino... —corrigió Norma, riendo.

—Bueno, lo mismo da. ¿Y quién esculpió este otro Discóbolo, Salvador Dalí?

—Salvador Dalí es pintor, no escultor.

—Qué fallo, Dave —se recriminó a sí mismo

O'Mara,

dándose una bofetadita.

—Este Discóbolo lo esculpió Alcámenes, otro griego, y se conserva en el Louvre de París.

—¿El Discóbolo o Alcámenes?

—¡Dave, por favor...! —rió de nuevo la joven.

—Otra cosa más, Norma.

—Diga.

—Estos atletas debían gastar menos en ropa que Telly Savalas en peines.

—¡Muy bueno eso, Dave!

—Están en cueros, los tíos...

—Sí, no llevan ninguna ropa.

—¿Cómo tengo que posar yo, en *slip* o en bañador?

—Sin nada, como ellos.

Dave dilató los ojos.

—¿Qué ha dicho...?

—Que tiene que posar usted sin ninguna ropa, Dave.

—¡Usted se ha vuelto loca, Norma!

La joven rió.

—Si no tiene ninguna importancia, Dave...

—¿Que no...? ¡Ay, si la oyera mi abuela...!

—Los tiempos de su abuela y de la mía eran muy distintos, Dave.

—Pero...

—La mayoría de las esculturas, tanto de hombres como de mujeres, no llevan ropa alguna. Es algo muy natural...

—¡Lo será para usted, pero no para mí!

—Dave...

—Olvide lo que hablamos antes, Norma.

—¿Que lo olvide?

—Sí, no voy a posar desnudo. ¡Y menos para usted, que es una mujer...!

—Dave, yo estoy cansada de ver a mis modelos desnudos, tanto hombres como mujeres. No le doy ninguna importancia.

Dave abrió la boca.

—¿De veras que no?

—Le doy mi palabra, Dave.

—¿Tan fría es usted?

—Soy una mujer normal. Pero, cuando miro a mis modelos, lo hago con ojos de artista, y sólo pienso en mi trabajo, en la perfección de la escultura que estoy esculpiendo... En mi cerebro no caben otros pensamientos, Dave, puede usted creerme.

—De todos modos, sigo pensando que...

—¿Le da vergüenza quedarse sin ropa delante de mí?

—Pues, sí, no voy a negarlo.

—No pretenderá hacerme creer que jamás ha estado desnudo delante de una mujer, ¿verdad?

—Muchas veces, claro. Pero no es lo mismo, diablos. El ambiente, en esas ocasiones, era muy distinto. Además, había igualdad, porque la mujer también estaba sin ropa.

Norma sacudió la cabeza, sonriendo.

—En el fondo es usted un chiquillo, Dave...

—Oiga, de eso nada.

—Entonces, no le conceda tanta importancia a un hecho que no tiene absolutamente ninguna. Ande, bajemos a comer, que mis tripas no dejan de quejarse.

Norma cogió a Dave del brazo y ambos salieron del estudio.

La pelirroja Sandra Blyth se acercó el vaso a los labios e ingirió un sorbito de ginebra con hielo.

Se encontraba en un pequeño saloncito, tendida de espaldas en el sofá, la cabeza apoyada en el brazo del mismo.

Estaba sola en la íntima estancia.

Y se aburría.

Como una ostra.

A ella le gustaba la compañía.

Especialmente, masculina.

Pero Michael Brogan se había desentendido por completo de ella desde la llegada de los vapuleados Oscar y Jacky.

Decía que estaba esperando a un amigo.

Y que ella no debía estar presente cuando ese amigo llegase.

Por lo visto, tenían que tratar de algún asunto muy importante.

Sandra exhaló un lánguido suspiro.

Tomó otro sorbito de ginebra.

Por los altavoces del tocadiscos brotaba la personalísima voz de Sammy Davis Jr.

Era una bonita canción.

E invitaba a moverse al compás de la música.

Pero a Sandra no le gustaba moverse sola.

Por eso continuó tendida en el sofá, maldiciendo con el pensamiento contra Michael Brogan, Oscar, Jacky y ese amigo que estaba esperando Michael.

De pronto, alguien le cubrió los ojos.

Con mucha delicadeza.

—¡Michael! —exclamó la pelirroja, muy contenta.

No obtuvo respuesta.

Y se alegró de que así fuera.

Cuando Michael Brogan no tenía ganas de hablar, es que tenía ganas de otras cosas mucho más divertidas.

Por eso, dejando el vaso de ginebra en el suelo, pegado al sofá, pidió con cálida voz:

—Bésame, Michael...

Él la besó.

Con suavidad.

Rozándole apenas los labios.

Pero sin apartar las manos de sus ojos, lo cual extrañó a la bella pelirroja.

—¿No quieres que te mire, Michael?

Como él siguió callado, Sandra añadió:

—Está bien, prometo no abrir los ojos hasta que tú no me lo ordenes, cariño. Pero, por favor, retira las manos de mis ojos y utilízalas para cosas más importantes.

Al mismo tiempo que decía esto, la atrevida pelirroja levantó la rodilla derecha, y como el vestido de noche que llevaba puesto tenía una impresionante abertura central, toda la pierna le quedó al

descubierto, desde su nacimiento hasta el tobillo.

Él no se hizo de rogar.

Retiro las manos de sus ojos y la besó ardorosamente en los labios, mientras acariciaba todo su cuerpo.

Sandra le echó los brazos al cuello y le devolvió el beso, con mucha pasión también.

En el fondo, estaba sorprendida.

Michael Brogan no solía besarla ni acariciarla de aquel modo tan continuado y tan intenso.

Ni tan hábil, todo había que decirlo.

Daba la impresión de que no era Michael Brogan el hombre que tenía sobre ella.

Este pensamiento hizo respingar ligeramente a la pelirroja.

A pesar de que había prometido no abrir los ojos hasta que él se lo ordenase, abrió el derecho.

Descubrió un trozo de cara que no correspondía a Michael Brogan.

Y si aquel trozo de cara no correspondía a Michael Brogan, estaba claro que todo lo demás tampoco.

El hombre que tan expertamente la estaba besando y acariciando levantó un poco la cabeza.

Fue entonces cuando Sandra Blyth pudo verle bien la cara.

Se trataba de un tipo joven, moreno, de facciones varoniles.

La miraba con un brillo picarón en los ojos y una sonrisa en los labios.

Bastante socarrona, por cierto.

Tras unos segundos de lógico desconcierto, Sandra murmuró:

—¿Quién es usted?

—Dave

O'Mara

es mi nombre.

—¿El amigo de Michael?

—Conozco a Michael Brogan, pero no soy exactamente su amigo.

—¿Sabe Michael que usted está conmigo?

—Oh, no. Ni siquiera sabe que estoy en su casa.

—¿Qué...?

—Entré por la terraza, sin que nadie me viera —explicó Dave—.

Cuando avanzaba por el corredor, escuché pasos. Me colé en este saloncito, con el propósito de ocultarme. Como lo hice muy sigilosamente, tú no me oíste.

Sandra pestañeó.

—¿Es usted un ladrón?

—No.

—¿Por qué entró por la terraza, entonces?

—Michael Brogan me hizo una jugada muy fea, en colaboración con Oscar McRae y Jacky Fulton, y he venido a cobrármela. A Oscar y Jacky ya les pasé la factura esta mañana.

Sandra volvió a pestañear.

—¿Fue usted quien les puso la cara como un crucigrama a medio resolver?

Dave sonrió.

—Sí, fui yo.

—¿Y ahora quiere ponérsela igual a Michael?

—Eso es.

—No lo conseguirá.

—¿Por qué?

—Michael es muy fuerte.

—Tampoco yo soy ningún fideo.

—Pero él está en forma, se ejercita dos horas todas las mañanas en el gimnasio, y luego hace una de natación en la piscina...

—Ahora estará unos cuantos días sin acudir al gimnasio y sin zambullirse en la piscina, ya lo verás.

—¿Por qué?

—Porque no podrá.

—A lo mejor es usted el que no puede mover un dedo después de la pelea.

—¿Qué te apuestas a que es Michael Brogan el que queda para el arrastre?

Sandra se mordió el labio inferior.

—¿Por qué me besó usted, Dave?

—Porque tú me lo pediste. ¿No lo recuerdas?

—Se lo pedí porque creía que era Michael quien me cubría los ojos.

—Pues era yo.

—Se aprovechó usted de la situación, Dave.

—Es verdad. Pero no me arrepiento en absoluto de haberlo hecho.

—Es usted un carota.

—Y tú una chica sensacional.

—Gracias.

—¿Sabes que me recuerdas a Anita Ekberg?

—Pues no me parezco en absoluto a ella.

—En el busto, sí —dijo Dave, fijándose un momento en el grandioso escote del vestido de la pelirroja.

Tenía forma de «v».

Y le llegaba hasta el ombligo.

Era muy fácil quedarse bizco mirando un escote como aquél.

Sandra Blyth debería llevar, enganchado al vestido un letrerito que rezase: «Autorizado solamente para mayores de dieciocho años y de catorce acompañados».

Sin poder reprimir una sonrisa, la pelirroja dijo:

—¿Le importaría apartarse de encima de mí, Dave?

—¿Por qué?

—Quiero levantarme.

—Acostada estás más descansada.

—Si no se aparta, gritaré.

—Si lo haces, te pegaré un puñetazo en la boca y el suelo del saloncito quedará salpicada de dientes. Y todos serán tuyos.

Sandra se estremeció visiblemente.

—¿De veras lo haría?

—No —sonrió Dave.

—Entonces, ¿por qué lo ha dicho?

—Tenía que amenazarte, para que no gritaras.

Ella también sonrió.

—Es usted un tipo muy extraño, Dave.

—No gritarás, ¿verdad?

—Si no me hace daño, no.

—¿Cómo iba yo a hacerle daño a una chica tan estupenda como tú?

—¿Cuándo va a dejar de acariciarme?

—Cuando me canse de hacerlo.

—¿Y cuándo será eso?

—Me temo que nunca —respondió Dave, y unió, su boca a la de

ella.

Sandra no tuvo inconveniente en devolverle el beso.

Luego, se miraron a los ojos.

—¿Cómo te llamas, preciosa? —preguntó Dave.

—Sandra.

—¿Sandra qué?

—Blyth, Sandra Blyth.

—¿Desde cuándo estás con Michael Brogan, Sandra?

—Desde hace un par de semanas.

—¿Y cómo te trata?

—No puedo quejarme. Michael tiene un carácter muy especial, pero yo le he cogido el hilo y sé cómo manejarlo. Él obtiene de mi todo lo que quiere, y yo de él todo lo que quiero, también, así que no hay problema.

—Yo te trataría mejor, Sandra.

—¿También tú eres un hombre rico, Dave?

—No, yo no tengo donde caerme muerto. Soy un desgraciado, Sandra. Aunque en este momento no envidio a nadie.

—¿Por qué?

—Porque tengo entre mis brazos un cuerpo de mujer digno de ser esculpido por Mirón o por Alcámenes.

—¿Quiénes eran esos tipos?

—Unos reyes del martillo y del escoplo.

—Jamás oí hablar de ellos.

—Ni yo tampoco, hasta hoy. Y porque me atropellaron, que si no tampoco.

—¿Quién te atropelló?

—Sería muy largo de explicar, y no me sobra el tiempo —dijo Dave, besando de nuevo a la pelirroja.

Tras el beso, preguntó:

—¿Por qué estás aquí, tan sola, Sandra?

—Michael está esperando a un amigo, y quiere recibirle solo. Bueno, solo no; Oscar y Jacky están con él.

—Bien. No quiero hacerles esperar.

—Dave...

—¿Qué?

—¿Eres tú el hombre que Michael espera?

—Sí.

—¿Y es preciso que vayas ahora?

—No quiero hacerle esperar, ya te lo he dicho.

Sandra le cercó el cuello con sus brazos desnudos.

—Quédate unos minutos más conmigo, Dave.

—¿Para qué?

—Me gustan los hombres que siempre acaban lo que empiezan.

—Oh, pues yo soy de éstos.

—Corre el pasador de la puerta, Dave, no sea que nos sorprenda alguien —indicó la pelirroja.

—Ya lo hice, Sandra —sonrió él, y la besó de nuevo.

CAPÍTULO IX

Michael Brogan se quitó el cigarrillo de la boca y ordenó:

—Oscar, dale un poco más de voz al televisor. Casi no se oye.

Oscar McRae no se movió.

Estaba sentado en el sofá, junto a su compañero Jacky Fulton.

Su cabeza se apoyaba en la de éste y viceversa.

Ambos se habían dormido.

Brogan, que se hallaba arrellanado en un butacón, movió la cabeza y miró ceñudamente a sus muchachos.

Al verlos a los dos con los ojos cerrados, tronó:

—¡Oscar! ¡Jacky!

McRae y Fulton respingaron a dúo.

—¿Ya llegó Dave

O'Mara,

jefe? —gritó el primero, mirando hacia todos lados.

También la cabeza de Fulton se convirtió en un periscopio, mientras aullaba:

—¡Socorro...!

Michael Brogan saltó del butacón, furioso, y se plantó delante de McRae y Fulton.

—¿Por qué pides socorro, imbécil? —le gritó a Fulton.

Éste se arrugó como una pasa en el asiento del sofá.

—Lo siento, jefe, fue algo instintivo... Creí que ya había llegado Puños de Piedra...

—¡No le llames Puños de Piedra! —rugió Brogan, descargando un patadón en el suelo.

Fulton soltó un carraspeo nervioso.

—Está bien, si usted quiere, le llamaré Puños de Mantequilla. Pero, a la vista de cómo nos puso la cara a Oscar y a mí, me parece que no encaja...

Brogan levantó de nuevo la pierna, pero esta vez no fue para

patear el alfombrado suelo del salón, sino para propinarle un violento pisotón a Jacky Fulton.

Éste se cogió rápidamente el pie, soltando aullidos.

Oscar McRae tosió.

—Diablos, jefe, le ha triturado usted la pezuña sin querer al pobre Jacky...

—¿Y quién te ha dicho a ti que haya sido sin querer, estúpido?

—gritó Brogan, con los puños apretados, amenazando con utilizarlos.

McRae agrandó los ojos, perplejo.

—¿Quiere decir que se la ha machacado intencionadamente...?

—¡Pues claro que sí, idiota!

McRae carraspeó.

—¿Puedo preguntar por qué, jefe?

—¡Porque me saca de quicio con sus estupideces! ¡Estaba mejor cuando hablaba a gruñidos, como los osos!

—No creo, jefe. Recuerde que entonces también quiso usted sacudirle.

Brogan se pasó la mano por la cara.

—Sí, es verdad... Jacky tiene la virtud de exasperarme como nadie —masculló, regresando al butacón donde se esforzó por serenarse.

Fulton se había puesto el pie lastimado sobre la rodilla de la otra pierna, y permanecía encogido, quejándose a media voz.

McRae le dio unas palmaditas a la espalda.

—Calma, Jacky, que no es nada.

—Eso es lo que queda de mi pie, nada... —gimió Fulton.

—No debiste irritar al jefe.

—Yo no pretendía irritarle.

—Nunca lo pretendes, pero siempre lo consigues.

Michael Brogan gruñó:

—Oscar.

—¿Sí, jefe?

—Dale más voz al televisor.

—Enseguida, jefe.

McRae se levantó del sofá y se acercó al televisor caminando despacio y con las piernas dobladas.

—¿A eso le llamas tú enseguida? —masculló Brogan.

—Lo siento, jefe, pero es que todavía me duele donde usted sabe.

McRae alcanzó por fin el televisor y elevó el volumen.

Brogan indicó:

—Pon el canal trece, anda. Retransmiten una velada de boxeo.

—Oh, no, jefe... —gimió McRae.

—¿Por qué no?

—Después de lo de esta mañana, Jacky y yo preferimos ver dibujos animados... ¿Verdad que sí, Jacky?

—Sí... —respondió Fulton, que seguía cogiéndose el pie.

—Pues os jorobáis, porque vais a ver boxeo —gruñó Brogan—. Quizá así aprendáis a defenderos.

—Nosotros sabemos defendernos, jefe —repuso McRae, poniendo el canal que quería Brogan.

—¿Ah, sí? —sonrió Michael Brogan, sarcástico—. Pues, menos mal, porque si no llegáis a saber...

—Lo que pasa es que Dave O'Mara

es muy diestro con los puños, y golpea con la potencia de una mula.

—Yo os demostraré que no es tan fiero el león como vosotros lo pintáis, mequetrefes.

—Suponiendo que venga, claro.

—Vendrá, Oscar, no lo dudes.

—Ojalá se equivoque —rezongó Fulton.

Brogan lo miró, ceñudo.

—¿Decías, Jacky?

—Yo no he dicho nada, jefe —mintió Fulton.

—Es lo mejor que puedes hacer, estarte callado.

—Ya soy una tumba, jefe.

McRae regresó al sofá y se dejó caer en él.

Miró la pantalla del televisor.

La velada de boxeo ya había dado comienzo.

Se estaban zurrando dos púgiles encuadrados en la categoría de los pesos ligeros.

Pero el único que de verdad estaba «ligero» era el púgil del calzón blanco, que se movía y disparaba los puños con mucha agilidad.

El otro, el del calzón rojo, se las veía y se las deseaba para evitar

el palizón.

El pobre ya tenía la cara del mismo color que el calzón.

Oscar McRae y Jacky Fulton cerraron los ojos, porque aquellas imágenes les recordaban demasiado lo sucedido por la mañana en los biliars de Jerry Tres Bandas.

Por eso, por cerrar los ojos, no vieron asomar por la puerta a Dave

O'Mara.

Michael Brogan sí lo vio.

Inmediatamente se quitó el puro de la boca y lo dejó en el cenicero, levantándose a continuación, con una ancha sonrisa en los labios.

—¡Eh, muchachos!, ya llegó el expresidiario.

McRae y Fulton abrieron los ojos al instante, respingando.

—¡Es cierto, Jacky! —exclamó el primero.

Fulton sintió nuevamente deseos de pedir socorro. Y estuvo a punto de hacerlo, pero no le salió la voz.

Se había quedado mudo del susto.

—Pasa, hombre, no te quedes ahí —dijo jovialmente Brogan.

Dave

O'Mara

entró en el salón.

Tanto Brogan, como McRae y Fulton, estaban en mangas de camisa, y ninguno de los tres llevaba pistola, lo cual no dejó de extrañar a Dave.

—Te estábamos esperando,

O'Mara

—dijo Brogan.

—Lo sé —respondió Dave, fríamente.

—¿Por dónde has entrado?

—Por la terraza.

—¿No te atreviste a llamar a la puerta?

—Era más seguro entrar por la terraza.

Brogan rió.

—No tienes nada que temer,

O'Mara.

Como verás los muchachos y yo estamos desarmados.

—Sabe usted a qué he venido, ¿verdad?

—A romperme la cara, me dijeron los muchachos.

—Le dijeron bien.

Michael Brogan exhibió una sonrisa llena de presunción.

—No te va a ser fácil lograrlo,

O'Mara.

Yo sé defenderme mucho mejor que ellos.

—De poco le va a servir, Brogan.

Michael Brogan rió de nuevo.

—Te haré una demostración de mi extraordinaria habilidad para burlar los golpes,

O'Mara.

Intenta darme un puñetazo, vamos.

Dave se acercó a Brogan y dio la impresión de que iba a lanzarle el puño derecho a la cara.

Brogan apartó el rostro.

Entonces fue cuando Dave dejó ir su puño izquierdo, con asombrosa rapidez.

El pómulo de Brogan crujió como un viejo acordeón cuando los nudillos de Dave se incrustaron en él.

Michael Brogan se vio lanzado hacia atrás.

Quiso agarrarse a algo para evitar la caída, pero como no encontró nada, acabó en el suelo.

Jacky Fulton desgranó una risita.

—El jefe es un maestro en defensa, ¿eh, Oscar? —dijo por lo bajo, para no ser oído por Brogan.

—Ya le advertimos que Dave es algo muy serio con los puños —rezongó McRae.

—Sí, pero no hizo caso.

—Peor para él.

Michael Brogan ya se estaba poniendo en pie rojo de ira.

Dave, irónico, dijo:

—Su demostración me ha dejado asombrado, Brogan.

—Cualquiera puede tener un fallo,

O'Mara.

—Y dos también.

—Ahora me toca pegar a mí —mascullo Brogan, aproximándose lentamente a Dave.

Éste no se movió de donde estaba.

Sin embargo, cuando vio que Brogan se disponía a lanzarle el puño, disparó velozmente el suyo, alcanzándole en el maxilar inferior.

Michael Brogan reculó de nuevo y cayó al suelo por segunda vez.

—¡Eh, Dave, que le tocaba pegar al jefe! —exclamó McRae, con evidente sarcasmo.

—No estamos jugando al parchís, Oscar —repuso O'Mara.

—¡Pero no es justo que pegues tú siempre, diablos! —dijo Fulton.

—Tú a callar, cara de balón, o te remato de cabeza —amenazó Dave.

—Éste se cree que es Pelé... —rezongo Fulton, en tono muy bajo.

Michael Brogan ya estaba nuevamente en pie, más rojo que antes, porque ahora estaba mucho más furioso.

Dave

O'Mara

le estaba poniendo en ridículo delante de los muchachos, y eso no podía permitirlo.

Dave sonrió.

—Sigo pensando que su modo de burlar los golpes es de lo más original, Brogan.

—Quien ríe último ríe mejor,

O'Mara

—masculló Brogan.

—Sobre todo si sigue conservando la dentadura —repuso Dave, y le estrelló el puño en la boca a Brogan.

Éste se derrumbó, pegando un chillido.

—Dos —pronosticó McRae.

—Tres —apostó Fulton.

—No, han sido cuatro —dijo Dave.

En efecto, eran cuatro los dientes que acaba de escupir Michael Brogan, quien ya no estaba rojo, sino amoratado.

Se puso en pie, con la boca abierta y manchada de sangre.

—¡Prepárate,

O'Mara,

que voy a poner en juego todos mis conocimientos de judo y karate! —rugió, adoptando una posición de oriental dispuesto a lanzarse al ataque.

—¡Ahora es cuando se lo come, Jacky! —exclamó McRae, burlón.

—El jefe no se come ni una sopita de ajo —respondió Fulton, riendo quedamente.

—¡Yaaaaa...! —chilló Brogan, poniendo cara de japonés, y saltó sobre

O'Mara,

con la pierna derecha por delante y los filos de las manos dispuestos para golpear y quebrar algún hueso.

Dave saltó también, pero de lado, para esquivar la embestida de Brogan.

Y lo consiguió.

Ello fue fatal para Brogan, cuya pierna derecha golpeó duramente la pantalla del televisor, la hizo añicos, y se incrustó en el aparato, destrozándolo totalmente.

Brogan cayó al suelo, aullando de dolor, y el destrozado televisor le cayó encima.

—Lástima de televisor... —murmuró McRae.

—No importa, el jefe es un hombre rico, puede comprarse otro —dijo Fulton.

—¿Has visto qué chillido ha lanzado antes?

—Sí, parecía Tarzán saltando de un árbol a otro.

—Mira, Dave no espera a que se levante, va hacia él...

—Pobre señor Brogan...

—Sí, pobre señor Brogan...

Dave lo levantó del suelo, aganándolo por la camisa, y empezó a sacudirle de firme.

En la cara.

En el pecho.

En el hígado.

En el estómago.

Oscar McRae sugirió:

—¿No crees que deberíamos echarle una mano al jefe, Jacky?

—¿Para qué? ¿No ves que se basta solo? —repuso Fulton, sarcástico.

—Para recibir. Porque lo que es dar, no da una ni por equivocación.

—Esto le servirá de lección.

—Tal vez nos despida, por no haberle ayudado.

—Yo no quiero recibir más golpes, lo siento.

—La verdad es que yo tampoco...

—Pues, quedémonos quietecitos.

—Tienes razón, Jacky. Mira, el jefe ha perdido el sentido...

—Mejor para él.

—Seguro.

Dave

O'Mara

se volvió hacia Oscar McRae y Jacky Fulton.

—¿Vosotros queréis algo, muchachos?

—Nada, Dave —respondió McRae.

—Nada en absoluto —dijo Fulton.

Dave les apuntó con el dedo y advirtió:

—Cuando Brogan recobre el sentido, aconsejadle que se olvide de mí, que se olvide de que existo, porque si vuelvo a tener problemas con la policía por su culpa, la próxima vez que me lo eche a la cara no me limitaré a romperle la suya; le mataré. Y a vosotros también. Como me llamo Dave

O'Mara

que os liquido a los tres.

Dicho esto, Dave se encaminó hacia la puerta y abandonó el amplio salón.

CAPÍTULO X

Norma Keyes se encontraba en la sala de estar, viendo la televisión, cuando llamaron a la puerta.

La joven, que lucía un bonito vestido azul, muy corto, saltó del sofá como impulsada por un resorte y corrió a abrir.

Suponía que se trataba de Dave

O'Mara,

y tenía mucho interés en saber cómo le habían ido las cosas al simpático expresidiario.

En efecto, era Dave

O'Mara

quién aguardaba al otro lado de la puerta.

—¡Dave! —exclamó Norma, contenta, porque el joven regresaba con la cara intacta.

O'Mara sonrió.

—Hola, escultora.

—¿Cómo fue todo?

—¿Tengo que contárselo aquí, en el umbral?

—Oh, perdone —rió Norma, dejándole el paso libre.

Dave entró en la casa y se dirigió directamente a la sala de estar.

Noma cerró la puerta y fue tras él.

—¿Puedo servirme un trago, Norma? —preguntó Dave.

—Claro —autorizó ella, desconectando el televisor.

Dave se acercó al pequeño, pero bien surtido mueble bar.

Escanció *whisky* en un par de vasos largos, echó en ellos unos cubitos de hielo, y fue hacia el sofá, donde se había sentado nuevamente Norma.

Se sentó a su lado y le ofreció uno de los vasos.

—Éste para usted, escultura.

—Escultora, no escultura —corrigió ella, sonriendo.

—Sobre eso habría mucho que discutir —repuso Dave, mirando

las bonitas piernas de la muchacha, que ella mantenía cruzadas.

—No se ponga galante y cuénteme lo que pasó, Dave.

—Brindemos primero.

—Bueno.

—Por usted, Norma.

—¿Y por usted no?

—Está bien, por los dos.

—Así está mejor.

Hicieron entrechocar los vasos y cada cual tomó un sorbo del suyo.

—Es un *whisky* estupendo, Norma.

—Gracias. Ahora, cuente.

—Bueno, la verdad es que no hay mucho que contar... Fui a casa de Michael Brogan, le rompí la cara, y me marché. Oscar McRae y Jacky Fulton estaban con él, pero como no quisieron nada conmigo, tampoco yo me metí con ellos.

—¿Y qué va a pasar ahora?

Dave la miró.

—¿A qué se refiere?

—¿Brogan y sus hombres van a dejarle en paz, o le meterán nuevamente en líos?

—Espero que decidan lo primero, por mi bien y por el de ellos.

—Ojalá sea así.

—Oiga, estoy viendo que se preocupa usted mucho por mí, Norma.

Ella sonrió.

—Es mi nuevo modelo, ¿lo ha olvidado ya?

—Cómo voy a olvidarlo —rezongó Dave, recordando que tenía que posar desnudo.

Norma estiró el cuello hacia él y arrugó la naricilla.

Dave pestañeó.

—¿Por qué me hace caras feas?

—No le hago caras feas, le estoy olfateando.

—No puedo oler mal, me duché esta tarde.

—No huele mal, huele bien.

—Claro que huelo bien.

—Demasiado bien.

Dave frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—Que huele a perfume de mujer. Y de los caros.

—Eso no puede ser —rió Dave, un tanto nerviosamente.

—Lo que yo le diga.

—No, está usted equivocada, Norma.

—Por eso tardó tanto, ¿verdad?

—¿Cómo?

—No hacen falta dos horas para romper una cara.

Dave carraspeó.

—Es que Michael Brogan la tenía muy dura, Norma.

—Usted sí que la tiene dura. De cemento.

—Además, el tráfico está imposible.

—¿Era rubia o morena?

—Pelirroja —se le escapó a Dave.

—Lo que me faltaba saber.

—Oiga, ¿qué tiene contra las pelirrojas?

—Mi padre se casó con una pelirroja, y le fue muy mal.

—¿Ah, sí?

—Ella se largó con otro hombre cuando yo sólo contaba tres años, y mi padre, al que Dios tenga en su gloria, tuvo que cuidar de mí.

—Caramba, cuánto lo siento...

—¿Comprende ahora por qué no me caen bien las pelirrojas?

—Oh, sí, desde luego. Si llego a saber antes lo que le pasó a su padre, que en paz descanse, le digo que nones a mi pelirroja, a pesar de estar tan apetecible.

Norma sonrió suavemente.

—No lo hubiera hecho, pero gracias por decirlo.

Dave ingirió otro sorbo de *whisky*.

Norma preguntó:

—¿Dónde la conoció?

—¿A quién?

—No se haga el despistado. Ya sabe que me refiero a la pelirroja del perfume caro.

—Me la encontré en casa de Brogan. Es su amiguita.

—Por lo visto es amiguita de todo el mundo.

—La chica se encontraba muy sola...

—Y usted se apresuró a hacerle compañía.

—Pues, sí. Me da mucha pena que la gente se aburra.

—Claro.

—Pero fue ella la que me propuso hacer el amor, conste.

—Sin duda no pudo resistirse a su aspecto tan varonil.

—Seguro. No soy un tipo guapetón, pero gusto a las mujeres. Cuando las miro fijamente a los ojos, como en este momento la estoy mirando a usted, se funden como la mantequilla.

—Ya soy un charquito —sonrió burlonamente Norma.

Dave entrecerró ligeramente los ojos, para que su mirada resultase más aguda, más penetrante.

—¿De veras no siente nada al verse perforada por mi irresistible mirada?

—Sí —rió ella.

Dave hinchó el pecho jactanciosamente.

—Ya me extrañaba a mí que fuera invulnerable al poderoso magnetismo de mi mirada.

—¿No quiere saber lo que siento?

—Lo sé, pequeña, lo sé... Unos enormes deseos de verse abrazada y besada por mí.

—No, se equivoca. Lo que siento es dolor de estómago.

Dave se echó a reír.

—Vamos, no sea embustera.

—De verdad que sí.

—Si en el fondo está loca por mí, confíeselo.

Norma sacudió la cabeza, riendo.

—Apure su *whisky* y vámonos a la cama, Dave.

—¿Lo ve?

—¿Quiere ver cómo le pongo el ojo negro de un puñetazo?

—Oiga, que lo de irse a la cama fue idea suya, no mía.

—¡Pero cada uno a la suya!

—Usted se lo pierde.

—Y usted se lo está ganando.

—¿El puñetazo en el ojo?

—Sí.

—No creo que se atreva a dármelo.

—¿Por qué?

—El Discóbolo quedaría muy feo con un ojo negro.

—Ande, bébase el *whisky* de una vez.

—Que nos vamos a la cama.

—Sí. Pero ya sabe que no a la misma.

—Con lo triste que es dormir solo... —suspiró Dave.

—Cuéntese algún chiste.

—Sí, no es mala idea —sonrió Dave, apurando el *whisky*.

Norma se puso en pie y él la imitó.

Salieron de la sala de estar, ascendieron al piso alto, y Norma indicó a Dave cuál era su cuarto.

—Me gusta mucho, Norma.

—Es un poco tarde para declararse, ¿no cree?

—Me refería al cuarto —aclaró Dave.

—Qué plancha —rió la joven.

—Pero usted también me gusta.

—Buenas noches, Dave.

—¿Cuál es su cuarto?

—No le importa.

—No sea mal pensada, sólo lo preguntaba por curiosidad.

—Que descanse, Dave.

—Ciérrese por dentro, Norma, que soy sonámbulo.

—Ya tenía pensado hacerlo, no se preocupe.

—Está usted en todo, ¿eh?

—Con usted hay que estarlo, es demasiado peligroso.

Dave sonrió con suavidad.

—Buenas noches, Norma. Y gracias por permitirme dormir en su casa.

—Espero no tener que arrepentirme.

—Puede dormir tranquila, no se preocupe.

—Hasta mañana, Dave.

Norma cerró la puerta del cuarto que había destinado a Dave, dejando solo al expresidiario.

Oscar McRae y Jacky Fulton habían puesto a Michael Brogan en el sofá, tendido de espaldas, y se estaban esforzando en hacerle recobrar el conocimiento, aunque, por el momento, inútilmente.

—¿No crees que deberíamos llamar a un médico, Jacky? —sugirió McRae.

—Yo llamaría a los de la funeraria —respondió Fulton.

—No seas burro, Jacky. El jefe no está muerto.

—Desgraciadamente para él.

—¿Por qué dices eso?

—Cuando se despierte, y se mire al espejo, querrá morirse. Y quizá se muera, de la impresión.

—Hombre, no creo que sea para tanto...

—¿Que no? ¡Pero si está peor que yo, que ya es decir...!

—Sí, la verdad es que está muy desfigurado...

—Irreconocible, es la palabra justa. En lugar de ponerle tiritas, deberíamos venderle la cara.

—Ya has dicho otra burrada, Jacky. Si le vendemos la cara, parecerá una momia.

—Siempre será mejor que parecer un monstruo.

De pronto, McRae dio un respingo.

—¡Ha movido el párpado derecho, Jacky!

—Voy por una medalla de oro.

—¿Qué? —Pestañeó McRae.

—El jefe se la merece, Oscar. Mover un párpado, dado su estado, es la hazaña deportiva más impresionante que pueda verse en una Olimpiada.

McRae apretó los dientes.

—Me están entrando ganas de darte un puñetazo en la nariz, Jacky.

—Gracias, Oscar.

—¿Por no dártelo?

—No, por llamar nariz a este pegote de carne tumefacta relleno de huesos machacados que tengo en el centro de la cara.

—¿Y qué te crees, que la mía está mucho mejor? —Gruñó McRae, rozándose con los dedos su destrozado apéndice nasal.

—¡No, está por un estilo! Por un estilo abstracto, se entiende, porque ni la tuya ni la mía se parecen en nada a una nariz de verdad.

—Basta ya de tonterías, Jacky, y atendamos al jefe.

—De acuerdo. Tú serás Marcus Welby y yo el doctor Gannon, el de «Centro Médico». ¿Qué le trasplantamos primero?

—Otra estupidez más y te sacudo de verdad —advirtió McRae.

—Mira, el jefe acaba de abrir los ojos... —observó Fulton—. Suponiendo que a esos dos bultos negros pueda llamárseles ojos, claro.

McRae pasó por alto la última ironía de su compañero.

—¿Cómo se encuentra, jefe? —le preguntó a Brogan.

—Si dice que bien, es que está a punto de expirar —rezongó Fulton.

McRae le soltó un codazo y Fulton dio un grito.

Brogan, separó ligeramente los abultados labios y emitió un sonido raro.

—Diablos, si habla como hablaba yo esta mañana, a gruñidos... —murmuró Fulton, pestañeando.

—Tiene la boca muy mal... —observó McRae.

—¿Y qué es lo que tiene bien? —ironizó de nuevo Fulton.

McRae quiso darle otro codazo, pero Fulton se apartó a tiempo esta vez.

—Tranquilo, Oscar, tranquilo...

—¡Trae un poco de *whisky*, maldita sea! —barbotó McRae.

—¿Qué vamos a celebrar?

—¡Es para el jefe!

—¿Para el jefe?

—¡El *whisky* le reanimará, estúpido!

—Enseguida lo traigo, Oscar.

Fulton puso dos dedos de *whisky* en un vaso y se lo llevó a su compañero.

—Aquí tienes, Oscar.

McRae tomó el vaso, lo acercó a los labios de Brogan, y le echó un poco de *whisky* en la boca.

Brogan lo escupió, tosiendo como una mula.

Fulton se rascó una patilla.

—¿Estás seguro de que eso era la boca, Oscar...?

—¡Jacky, que te la estás ganando! —rugió McRae.

—Por los síntomas, yo diría que le has echado el *whisky* por la nariz...

McRae iba a soltar una barbaridad, pero se contuvo, porque Michael Brogan habló, entrecortadamente, y con voz apenas audible:

—Oscar... Jacky...

—Estamos aquí, jefe —dijo McRae, esbozando una sonrisa.

—

O'Mara...

—Puños de Piedra se ha marchado ya, jefe, no tiene nada que

temer —informó Fulton.

—Tenemos... tenemos que acabar con él...

—¿Acabar con él? —repitió McRae.

—Sí...

O'Mara

tiene que morir...

—Muy bien, jefe. Si ése es su deseo, le buscaremos y le alojaremos unos cuantos plomos en el cuerpo. Y lo haremos con mucho gusto, ¿verdad, Jacky?

—Desde luego —asintió Fulton.

CAPÍTULO XI

Poco después de las ocho de la mañana, Norma Keyes llamó a la puerta del cuarto de Dave
O'Mara.

—¡Eh, Dave!

Desde el otro lado llegó la voz del expresidiario:

—¿Qué ocurre, Norma?

—¡Que ya han dado las ocho, y hay que levantarse!

—¿Tan pronto?

—¡No es pronto, perezoso! —rió la joven—. ¡Vamos, levántese, que el desayuno se enfría!

—¡Ya voy, ya voy...! —Gruñó Dave.

Norma bajó a la cocina.

Apenas unos minutos después, aparecía Dave, lavado y peinado.

El desayuno estaba dispuesto sobre la mesa de la cocina.

—Siéntese, Dave —indicó Norma, ocupando una silla.

O'Mara ocupó la otra y aspiró el delicioso aroma que despedían los alimentos preparados por la bella escultora.

—Esto está diciendo lo mismo que usted, Norma.

—¿Y qué es lo que estoy diciendo yo?

—¡Comedme!

La joven dejó oír su risa de nuevo.

—De buena mañana ya tiene usted ganas de piropear, Dave.

—Yo siempre estoy dispuesta para eso.

—¿Qué tal ha dormido?

—Estupendamente, porque he soñado que usted y yo...

—No lo diga...

—No lo digo. Pero es verdad que lo he soñado. Y ha sido maravilloso.

—Coma y calle.

—¿Usted no ha soñado conmigo?

—Sí, también.

—¿Lo mismo que yo?

—No.

—¿Qué ha soñado usted, Norma?

—Que estábamos jugando al ajedrez.

—Entonces ése no era yo.

—Le aseguro que sí.

—Lo último que haría yo con usted es jugar al ajedrez. Hay juegos mucho más divertidos.

—Cállese de una vez, cotorra.

—Ya estoy callado.

Sí, eso dijo Dave, pero no fue verdad.

Siguió hablando hasta que acabaron de desayunar.

Tras el desayuno, subieron al estudio.

Norma, que vestía pantalones tejanos, color hueso, y una camiseta amarilla, en la que se veía, a un jugador de baloncesto lanzando a la canasta, indicó:

—Quítese la ropa y súbase a esa tarima, Dave.

O'Mara empezó a desvestirse, en silencio.

Mientras tanto, Norma preparó las herramientas necesarias junto al bloque de granito que iba a trabajar.

En ningún momento miró al expresidiario.

No quería cohibirle más de lo que ya estaba, pese a que él se esforzase por disimularlo.

Cuando calculó que ya Dave se encontraría desnudo, se volvió hacia él.

Se equivocó.

Dave estaba desnudo, pero no del todo.

Conservaba el *slip*.

La joven suspiro pacientemente.

—Dave...

—¿Qué? —preguntó él, rascándose una rodilla.

—El Discóbolo no puede llevar *slip*.

—Cuando tenga que esculpir usted ciertas cosas, ya me lo quitaré, no se preocupe.

—No habíamos quedado así, Dave.

—¿Es absolutamente preciso que me quede en cueros desde hoy, que es el primer día?

—No, pero...

—No hay pero que valga. Si no es absolutamente preciso, no me quito el *slip*.

Norma suspiro.

—Muy bien, como quiera.

—Oiga, no lo diga así, en ese tono —protesto Dave.

—¿En qué tono lo he dicho?

—En el mismo que emplearía para decir: «Como quieras, cobardica».

Norma sonrió.

—Reconozca que en el fondo lo es, Dave.

—¿Y usted no?

—¿Yo?

—Sí. ¿Se quedaría usted sin ropa, si yo se lo pidiese?

—Por supuesto que no.

—¿Lo ve?

—Usted no es un artista, Dave.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Mucho. No siendo usted artista, no podría mirar mi cuerpo desnudo con ojos de artista.

—A mí no me acaba de entrar en la mollera eso de que los artistas tengan dos pares de ojos, ¿sabe?

—Pues los tenemos, no lo dude.

—No sé, no sé...

—Bien, no sigamos discutiendo, que el tiempo va pasando.

—Sí, será mejor que empiece a darle al martillo.

—Antes tengo que colocarle en la posición correcta y entregarle el disco.

—Que sea de Frank Sinatra.

Norma rió la ocurrencia del expresidiario.

—Es usted una máquina de hace chistes, Dave.

—Sí, me salen sin pensar.

Norma le entregó el disco y le colocó en la posición adecuada.

—Quédese quieto en esa posición, Dave.

—Ya estoy clavado.

—A ver si es verdad.

—Le aconsejo que abra la ventana, Norma.

—¿Tiene calor?

—Lo que tengo es miedo de lanzar instintivamente el disco y cargarme el cristal de la ventana.

—No tiene usted cura, Dave —rió Norma, y empezó a trabajar con el martillo y el escoplo.

Por la tarde, Dave
O'Mara
estuvo en el local de Jerry Tres Bandas.

Jerry se alegró mucho al saber que Dave le había dado una soberana paliza a Michael Brogan.

Dave y Jerry jugaron un par de partidas, siendo el dueño de los billares el ganador de ambas, aunque la segunda partida estuvo a punto de ganarla Dave, que rápidamente iba recuperando su característica habilidad con el taco.

Sobre las siete de la tarde, Dave estaba de regreso en casa de Norma Keyes.

—Norma, si me da un anticipo de lo que voy a ganar posando para usted, la invito a cenar esta noche en un buen restaurante —propuso a la joven.

Ella sonrió.

—Se lo agradezco mucho, Dave, pero no pienso anticiparle un solo centavo.

—¿Por qué?

—Después de lo de esta mañana, no estoy segura de que, cuando llegue el momento de posar completamente desnudo, usted acceda. Y si no accediese, y se largase, para mí sería catastrófico, pues no podría acabar la escultura. De ahí que no pienso pagarle hasta que el Discóbolo esté totalmente terminado.

Dave frunció el ceño.

—Oiga, yo sólo tengo una palabra. Si me he comprometido a posar en cueros para usted, es porque estoy dispuesto a hacerlo.

—Esta mañana no se atrevió.

—Pero mañana sí, se lo prometo.

—Muy bien.

—¿Qué hay del anticipo?

—Mañana lo tendrá.

—¿Por qué no hoy?

—Ya se lo he explicado, Dave.

—Pero, yo le he prometido que...

—Prefiero esperar a ver si cumple usted su promesa o se echa nuevamente atrás.

—Norma... —quiso insistir Dave.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Perdone un segundo, Dave —dijo Norma, saliendo de la sala de estar.

O'Mara,

al quedarse solo, empezó a maldecir a media voz.

Casi con rabia, atrapó la cajetilla de emboquillados que descansaba sobre la mesa ratona y se puso un cigarrillo entre los labios.

Se disponía a encenderlo, cuando vio entrar a Norma, pálida como un muerto.

La joven tenía motivos sobrados para sentirse mal.

Oscar McRae la llevaba del brazo, y le apuntaba a la sien con su «Luger».

También Jacky Fulton esgrimía la suya, y con ella apuntó a Dave, de cuyos labios había resbalado el cigarrillo que no llegó a encender.

—¿Qué significa esto, muchachos? —inquirió

O'Mara,

con voz ligeramente enronquecida.

—El jefe quiere verte, Dave —informó McRae.

—¿Cómo habéis dado conmigo?

—Sospechábamos que no tardarías en volver por los billares de Jerry Tres Bandas, y no nos equivocamos. Te vimos entrar esta tarde, esperamos a que salieses, y te seguimos hasta aquí.

—¿Qué quiere Brogan de mí?

—¿Tan torpe eres que no lo adivinas...? —sonrió burlonamente Fulton, mostrando los huecos que ahora ofrecía su dentadura.

—¿Liquidarme, tal vez?

—Caliente, caliente...

Dave miró un instante a Norma.

—Está bien, iré con vosotros. Pero dejad en paz a la muchacha.

McRae indicó a su compañero:

—Jacky, guarda tu arma y ablanda un poco a Dave, para que no nos cause problemas por el camino.

—Encantado, Oscar —dijo Fulton, dejando su «Luger» en la

funda que llevaba sujeta bajo la axila zurda.

—Y tú, Dave, no devuelvas ningún golpe o le volaré la tapa de los sesos a la chica —advirtió McRae.

Dave apretó los dientes.

Fulton se acercó a él y empezó a golpearle con dureza.

—¡Dave! —gritó Norma.

—Tú a callar, preciosa —ordenó McRae.

Norma no volvió a hablar.

Las lágrimas habían acudido a sus ojos y resbalaban ya por sus mejillas.

Los cerró, para no ver cómo Fulton golpeaba brutalmente a Dave, sin que éste, para que McRae no la matara a ella, se defendiese.

—Dave ya está suficientemente blando, Oscar —oyó decir a Fulton.

Norma abrió los ojos de nuevo.

Sintió un profundo estremecimiento al ver tendido en el suelo al expresidiario, con el rostro ensangrentado, inmóvil, sin sentido...

—Dave... —musitó, con voz estrangulada.

McRae indicó a Fulton:

—Vigila a Dave, mientras yo encierro a la chica.

—Muy bien, Oscar —asintió Fulton, desenfundando de nuevo su «Luger».

McRae preguntó a Norma dónde se hallaba el cuarto de baño.

Ella se lo dijo.

McRae la llevó hasta allí, le ató las manos a la espalda con cinta adhesiva y luego le cubrió la boca. Entonces, la tendió boca abajo en el suelo y le ató también los pies.

Seguidamente, salió del cuarto de baño y cerró la puerta por fuera.

McRae y Fulton cargaron con Dave, que seguía inconsciente, y lo sacaron de la casa, dejándolo en el asiento de atrás de su coche, un «Dodge» marrón.

Fulton se sentó junto a Dave, para vigilarlo, pistola en mano, y McRae lo hizo frente al volante, poniendo el coche en marcha.

Siguiendo las instrucciones de Michael Brogan, con quién había hablado telefónicamente segundos antes de presentarse en casa de Norma Keyes, McRae condujo el «Dodge» hasta un camino

apartado, con árboles a ambos lados, por entre los cuales adentro el coche, deteniéndolo poco después.

—Mira, allí está el coche del jefe —dijo a Fulton.

—¿Por qué se habrá empeñado en acabar él personalmente con Dave? —repuso su compañero—. Nosotros también podríamos haberlo hecho.

—Sí, pero ya oíste que quiere ser él quien apriete el gatillo. Anda, saquemos a Dave del coche.

No fue necesario sacarlo.

Dave ya hacía unos minutos que había recobrado el conocimiento, aunque fingió seguir inconsciente para recuperarse de los golpes recibidos y hallarse en mejores condiciones físicas cuando llegase el momento de entrar en acción.

Y ese momento había llegado ya.

Dave, moviéndose con gran rapidez, arrebató la pistola a Fulton, abrió la portezuela del coche y se arrojó de cabeza, rodando por el suelo como una pelota.

—¡Maldito estúpido...! —barbotó McRae, desenfundando velozmente su arma y saliendo del coche.

Michael Brogan también había salido del suyo, esgrimiendo una «Smith & Wesson», y ya estaba disparando con ella sobre Dave O'Mara.

Éste hizo funcionar la «Luger» de Jacky Fulton.

Por dos veces.

La primera bala se perdió en el vacío, pero la segunda se incrustó en el pecho de Michael Brogan, quien se derrumbó, lanzando un alarido.

Dave, tendido de bruces en el suelo, volvió velozmente el arma hacia Oscar McRae, porque éste ya le estaba mandando balas.

El dedo índice del expresidiario presionó nuevamente el gatillo de la «Luger».

Por tres veces consecutivas.

Dos de los plomos quedaron sepultados en el tórax de McRae, cuya vida se esfumó en sólo unos pocos segundos, pues una de las balas le había tocado el corazón.

Jacky Fulton, aterrado, salió del «Dodge» y emprendió una alocada carrera.

—¡Quieto, Jacky! —ordenó Dave, poniéndose en pie.

Fulton no se detuvo.

Siguió corriendo como un loco.

Dave le apuntó a las piernas y efectuó varios disparos.

Alguna de las balas debió alcanzar a Jacky Fulton, pues éste se vino abajo, pegando un chillido.

Dave corrió hacia él.

Fulton, agarrándose con las dos manos el muslo derecho, por donde sangraba abundantemente, suplico:

—¡Por favor, Dave, no me mates!

—No mereces otra cosa, rata —masculló Dave.

—¡No me mates y lo confesaré todo a la policía, lo juro!

—¿Le hicisteis algún daño a la chica?

—¡No, ninguno! ¡Oscar la dejó encerrada en el cuarto de baño!

Dave le pegó un patadón en la quijada.

Jacky Fulton se durmió en el acto.

EPÍLOGO

Dave

O'Mara

abrió la puerta del cuarto de baño y entró en él.

Norma Keyes continuaba en el suelo, atada de pies y manos y con la boca cubierta.

Los ojos de la muchacha expresaron toda la alegría que sentía en aquellos momentos.

—¡Mmmm...! —Fue lo único que pudo decir a través de la cinta adhesiva.

Dave se arrodilló junto a ella y le arrancó la cinta, con cuidado, para no lastimarla.

—Ya puede usted hablar claro, escultura —dijo, sonriendo.

—¡Dave, está usted vivo...!

—Sí. De puro milagro, pero lo estoy —repuso

O'Mara,

procediendo a desatarle los pies.

—¡Dios escuchó mis plegarias!

—¿De veras rezó usted por mí...?

—¡Y no sabe usted cuánto!

—Caramba, pues muchas gracias.

Como Norma ya tenía las manos libres, se abrazó a Dave fuertemente y empezó a sollozar.

—Eh, ¿por qué llora ahora? —preguntó él.

—Es de alegría.

—¿Tanto significo para usted, Norma?

Ella no respondió.

—Dicen que el que calla otorga —sonrió Dave, estrechándola cariñosamente contra su pecho.

Estaban los dos sentados en el suelo, junto a la bañera.

Norma levantó la cabeza y le miró.

—¿Cómo consiguió librarse de esos tipos, Dave?

O'Mara

se lo contó.

—¿Y Jacky Fulton lo confesó todo? —preguntó la joven.

—Absolutamente todo —asintió Dave—. La policía ya sabe que fui detenido, juzgado y encarcelado injustamente, por lo que mi nombre vuelve a estar limpio. También saben que maté a Michael Brogan y a Oscar McRae en defensa propia, así que no van a hacerme nada por eso.

—¡Es magnífico, Dave!

—Sí. Ahora ya no tendré dificultad para encontrar un trabajo honesto.

—Pero eso será cuando haya terminado de posar para mí.

—Desde luego. Me comprometí a hacerlo, y yo siempre cumplo mis promesas. Lo malo es que me han estropeado un poco la cara...

Norma le acarició con mimo el pómulos izquierdo, hinchado y enrojecido.

—Esas señales se irán en dos o tres días a lo sumo.

—¿Usted cree?

—Seguro.

—¿No me soltará una bofetada si le doy un beso?

Norma sonrió coquetamente.

—Si sólo es uno...

Dave la besó en los labios.

Y no una vez, sino media docena.

Sin embargo, no hubo bofetada.

Dave, mirándola fijamente a los ojos, dijo:

—Te quiero, Norma.

—Creo que yo a ti también te quiero, Dave —respondió ella.

—¿No estás segura del todo?

—Sí, estoy segura.

—¿Quieres casarte conmigo?

—En cuanto tú digas, Dave.

—Mañana mismo iremos a ver al juez.

—¿Tanta prisa te corre?

—Así no tendré ningún reparo en posar desnudo para ti, porque ya serás mi mujer.

—¡Eh!, no te casarás conmigo sólo por eso, ¿verdad? —bromeó

Norma.

—No, sólo por eso no. También yo tengo ganas de verte a ti en las mismas condiciones. Y puedes estar segura de una cosa.

—¿De qué?

—De que no te miraré con ojos de artista —respondió Dave, y selló nuevamente los labios de Norma, en un beso que valió por los seis anteriores.

FIN

UNA HERMOSÍSIMA MUCHACHA
QUE LUCHA POR NO SER COMO SU MADRE:
¡UNA MUJER DE LA VIDA!



¡TODOS LOS HOMBRES
LA DESEAN Y
TIENE QUE DEFENDER
SU VIRTUD DE LAS
MAS VILES
ACECHANZAS!

¡PERO EN SU
CORAZÓN ANIDA UN
AMOR PROFUNDO...
QUE PUEDE HUNDIRLA
EN EL FANGO!

LORENA

ES UN APASIONANTE
RELATO ESCRITO POR
CORIN TELLADO.
UNA NOVELA QUE
EMOCIONA A TODAS
LAS MUJERES Y QUE
PUBLICA SEMANAL-
MENTE EDITORIAL
BRUGUERA.

ESCUCHE SU VERSIÓN RADIOFÓNICA
A LA HORA DEL SERIAL
POR LAS 65 EMISORAS DE LA "REM-CAR" Y "CES"

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

